



Historia con final feliz

José Joaquín López

Published: 2010

Categorie(s): Fiction, Short Stories, Romance, Short Stories

Tag(s): "relatos cortos" cuentos relatos historias narrativa guatemala madrid barcelona mexico argentina amor love sentimental romantic humor

Nota preliminar

Mi nombre es José Joaquín López (Guatemala, 1974) y soy el autor de estos relatos. Desde el 2004 he publicado en www.anecdotalario.net, mi página web. Este documento contiene las historias publicadas en el 2009.

Puedes copiar las historias y distribuirlas por cualquier medio, venderlas o hacer obras derivadas, siempre y cuando indiques mi autoría y mi sitio web, de la siguiente forma:

José Joaquín López – www.anecdotalario.net

Historia con final feliz

Al principio la relación con la Gaby era por puntos. Yo le hacía mandados, la iba a dejar y a traer a algunas fiestas o la acompañaba a la casa de alguno de sus clientes. Luego de acumular suficientes puntos, ella me daba mi pago en especie. Una relación profesional, o más o menos. A veces yo le pedía algún adelanto porque había necesidad y ella nunca decía que no. La llevamos así por un buen tiempo hasta que todo se empezó a complicar. Cuando se involucra al corazón ya todo cambia, no es lo mismo.

Gaby vivía enfrente de mi apartamento y se dedicaba a la prostitución fina, con clientes caros, porque es una mujer muy hermosa. Un par de ojitos verdes, pelo castaño largo y buen cuerpo. Una vez que nos encontramos en el pasillo del edificio le pregunté, con un poco de pena, que cuánto cobraba. Me dijo una cifra en dólares. Ok, cuando sea millonario te llamo, dije. Ella sólo sonrió y me dijo que si la podía llevar a una fiesta en mi carro, que se le había descompuesto el suyo. Está bien le dije, pero al menos debo ganar algunos puntos para canjearlos después. Seguro, me dijo, sonriendo de nuevo.

Nos hicimos amigos y supe que era de Costa Rica, que tenía unos papás que se habían divorciado, que por haber sido rebelde y haberse fugado con un su novio vagabundo la habían desconocido; que este novio se había ido con una vieja de dinero y que entonces ella, sin dinero y sin nada, le dio por aprovechar su belleza acostándose con hombres de dinero. No le iba mal, y además trabajaba por su cuenta, aunque a veces había otras putas que molestaban y le quitaban clientela. Regularmente los tipos la llamaban para llevársela a sitios turísticos, viajes al extranjero, etc. Su apartamento tenía todos los lujos posibles y ahí también atendía clientes.

Después de algunos favores que le hice, llegó la hora de canjear mis puntos. Esa mujer cogía delicioso, la primera vez que entré a su apartamento fue esa, y de veras que me hizo un trabajo profesional. Baile y estriptís, oral, vaginal. Sus pechos firmes coronados con unos pezoncitos rosados y suavitos, sus muslos atrapadores y potentes, su exquisito aroma de mujer, la piel tan suave, todo memorable. Eso sí, al terminar me pidió cortésmente que me fuera, ella necesitaba descansar y yo también, al otro día teníamos que ir temprano al aeropuerto. Yo me iba a

quedar con las llaves de su apartamento por cualquier cosa, me dio instrucciones para encender y apagar luces y dejar entrar a la señora de la limpieza.

Así que de vez en cuando me salía canje y la pasaba bien. Ella era amigable, pero mantenía su distancia, y mientras yo no me quejara de los clientes que llegaban, todo iba bien. Una vez me recuerdo que tuve que entretener a un cliente mientras ella terminaba con otro en su apartamento. Un tipo gordo y grandote, lleno de joyas y que fumaba un montón. Lo entré a mi apartamento, pero me ponía nervioso ese cuate, sobre todo con esa pistolona que tenía al cinto.

Me dio problemas con un par de novias esta mi peculiar vecinita. Yo las calmaba diciéndoles que ella estaba muy ocupada siempre y que yo también, que ni nos mirábamos. Pero ni modo que yo no aprovechara la oportunidad, si estaba buenota la Gaby. Ni de parte de ella ni mía había amor ni nada parecido, ni siquiera era tan seguido que me la cogía porque tenía que acumular suficientes puntos. Aunque a veces había adelantos, eso sí.

Poco a poco nos hicimos más amigos y ella me tenía más confianza. Me contaba de los problemas con sus clientes, de las esposas celosas que a veces la perseguían. Había un cliente que pagaba muy pero muy bien, pero el loco quería que ella lo orinara después de la cogida. Estaban los fetichistas de pies, los que la querían con uniforme de colegiala, los sado-masoquistas. Había toda una fauna allí afuera de hombres que tenían dinero para pagar sus fantasías más raras.

De mi trabajo como laboratorista en una farmacéutica regresaba a las cinco de la tarde, así que me quedaba bastante tiempo para atenderla cuando necesitaba, porque su trabajo era siempre de noche. Para conseguir clientes iba a las discotecas y restaurantes más caros. Se movía en otro mundo realmente, uno de clase media no se imagina mucho cómo es ese nivel de gente que tiene dinero para tirar. Es otro rollo.

Todo estaba bajo control hasta que una noche ella vino a mi apartamento, llorando. Me contó que se acababa de enterar que su mamá había muerto en Costa Rica por un accidente de tráfico. Había cancelado el par de citas que tenía y me pidió que fuera con ella a San José para el funeral de su mamá, que no quería ir sola y no se le ocurría nadie más de

confianza que yo. Alvarito, me decía entre lágrimas, vos sos mi cuate, me tenés que acompañar. Ok, le dije, pero vos pagás el pasaje que pisto yo no tengo.

Casi no paró de llorar en todo el camino. Yo la consolaba entre mis brazos, la tranquilizaba. Le di una pastilla para que no se pusiera muy intratable porque la miré bastante mal. Justo eso era lo que yo no quería, involucrarme más con ella, yo no quería cargar con más problemas que los míos, y ya sabemos cómo es la cosa: las mujeres bellas se llevan todo y te dejan vacío si vos te dejás.

En Costa Rica, para todos los efectos, yo fui su novio. Yo tenía buenos negocios en Guatemala, nos habíamos conocido en la universidad. Una de sus tías no fue nada discreta y le dijo delante de mí, que siendo ella tan linda, cómo no se había conseguido un novio guapo y no un indio como éste. Ella le sonrió y le dijo acercándose a su cara, pues este indio coge muy bien, algo que a vos como que te hace falta, tía. La tía puso una cara tan chistosa que nos reímos con la Gaby un buen rato y hasta nos tuvimos que salir de la funeraria.

La Gaby después de esa vez se puso muy cariñosa, y hasta se hizo una verdadera amiga. Me llamaba seguido y me invitaba a veces a comer o al cine. Gaby, le decía yo, a mi me encanta estar con vos y todo, pero ya no tenés que agradecerme más lo de mi papel de novio de mentiras, ya estamos a mano. Recuerdo que ella me dijo entonces, es que yo descubrí que vos sos el único amigo que tengo, no lo hago por agradecerme, sino porque sin compañía de verdad, yo me muero.

Entonces vine yo y de estúpido que soy, me terminé de enamorar de la mujer. No me la podía sacar de la mente, al dormir y al despertar pensaba en ella y en sus grandes y sedosos pechos. Hasta a la hora de coger, el encuentro era más emotivo y ya no me pedía que la dejara sola. Qué error el mío, pensé más tarde, porque el cariño y el apego le duró apenas unos tres meses y después volvió a la normalidad, ya no quería que me quedara con ella por las noches, la relación era de nuevo por puntos. Días después de que se enfriara todo, desapareció.

La busqué por todos lados, la llamé a los diferentes celulares que tenía, llamé a sus parientes de Costa Rica, averigüé con el dueño de su apartamento a dónde había ido pero él sólo dijo que había dejado el año

pagado por adelantado y que a él no le interesaba saber nada más. La busqué en hospitales y cárceles. Lloré y pataleé, en su apartamento busqué pistas de a dónde habría podido ir y qué estaría haciendo. Llamé a algunos de sus clientes. Le escribí un montón de emails de amor que jamás contestó. Pensando en que probablemente la habrían matado la busqué en las morgues. Todo eso me hizo muy mal. Me llegué a sentir tan desesperado que una vez casi me maté con pastillas para dormir, si unos vecinos no se dan cuenta y no llaman ambulancia, yo no estaría aquí contando nada. Tuve que ir a una terapia donde una sicóloga para calmarme. Tomé antidepresivos por seis meses antes de sentirme nuevamente bien y con fuerzas para continuar la vida. Pero entonces ella reapareció.

Saludó como si nada, y me dijo que se mudaría a mi apartamento porque ya iba a vencer el contrato del suyo. ¿Por qué me hiciste esto? le grité yo al verla entrar. Ella no contestó, sólo me abrazó y me dijo que no me podía contar en ese momento, pero que yo era al único que podía acudir, que ella procuraría colaborar en la casa, y que ya había dejado de ser puta.

A veces deseás tanto que suceda algo que cuando sucede no sabés si es bueno que haya sucedido. Yo tenía a mi amor ahí, pero por alguna razón algo faltaba.

Fuimos en ese tiempo como una pareja de recién casados, ella se miraba contenta, y yo poco a poco me fui acomodando. Nunca creí que ella dejara de ser puta, de ahí que los celos no me dejaban estar tranquilo. Ella lo comprendía y entonces decidió contarme todo, pero me pidió que prometiera no dejarla al saberlo. Ella se había ido de viaje a México, con un ricachón, pero se había puesto de acuerdo con la mujer de él antes. Se irían de viaje con el señor y luego la esposa llegaría a encontrarlos infraganti para luego entablar una demanda formal de divorcio. Así sucedió, pero como el pobre hombre padecía del corazón le dio un ataque cardíaco al ver a su mujer y en pleno acto sexual, el viejo se quedó bien muerto. Como era un hombre importante, se tuvo que armar una escena en la que todo pareciera como una muerte natural. Sus hijos se encargaron de arreglar todo.

La idea original de la esposa traicionada era matar al marido, aunque la Gaby no lo sabía al principio. Así que las cosas salieron mucho mejor de lo que la esposa pensó. Y de la millonaria cifra que cobraron por el

seguro de vida, a la Gaby le habían tocado, para comprar su silencio, un par de millones de jugosos y encantadores dólares. Así que si ella los administraba bien, sus días de trabajar de puta habían terminado para siempre. Y con quien quería compartir la vida era conmigo, que si yo la aceptaba a pesar de su pasado, ella se quedaría. Ya no quería seguir en ese mundo falso en donde vivía, quería una familia, amor y comprensión. Antes de llegar conmigo hasta se había hecho una prueba de sida, que salió negativa.

Sonaba increíble toda esa historia. El hombre enamorado no debe pensar mucho, sólo debe actuar, porque después puede arrepentirse no por lo que pasó, sino por lo que no pasó, y eso es más terrible. Así que decidí creérmela y ser feliz el tiempo que fuera, total, lo más que iba a pasar es que en algún tiempo ella se aburriera de mí y se fuera. Pero lo bailado nadie me lo iba a quitar.

De esto que les estoy contando, ya hace cinco años y dos niños. Con la Gaby pusimos una importadora de artículos de computación y nos ha ido muy bien. Ella está aquí a la par y me dice que quedó lindo el relato, hasta parecés escritor Alvarito. Yo le digo que todavía me parece increíble tenerla aquí a mi lado y que escuché al nene llorar, de plano quiere pacha. Ella me abraza y me mira con esos sus grandes ojos verdes, y me da un gran beso. Me dice, mi amor, el nene puede esperar un poco más, sólo dejáme decirte que te amo. ¿Querés que ponga eso en el relato Gaby? Sí, responde. ¿Lo puedo publicar en el blog? Dale mi amor, quedó lindo.

El último día

Don Alberto Galindo supo una noche antes que iba a morir. Durante ese día en la mañana hizo algunas visitas a sus amigos y por la tarde se sentó en la sala de su casa pensando en si sería cierta la visión que había tenido la noche anterior y si realmente su muerte estaba cerca. Le contó su visión a su hijo menor, Cristóbal. Extrañado por no ver venir a la muerte por ningún lado, dada su salud de roble, don Alberto salió a la puerta de su casa a observar la calle y decidió dar un paseo por su barrio. Cuando dobló la esquina, una camioneta agrícola manejada por un borracho lo atropelló.

Un golpe en la cabeza fue el mortal. Su hijo Cristóbal fue el único que escuchó el ruido y salió presuroso sólo para encontrarse con la trágica escena. El borracho se había fugado, pero fue a chocar varias cuerdas después y fue arrestado. Don Alberto, que tenía 58 años, murió ahí mismo.

Don Alberto tenía tres hijos: Arturo, el mayor; David, el mediano; y Cristóbal, el menor. Todos le profesaban respeto a su padre, aunque Cristóbal era el más rebelde. Arturo ya tenía varios años viviendo en Estados Unidos, donde había hecho vida y familia. Regresó de Los Ángeles justo a tiempo para el sepelio. David era un médico más o menos exitoso y se lamentó no haber estado en el momento del accidente.

Cristóbal les contó en el velorio lo que le había dicho su padre sobre la visión. Arturo recordó que el abuelo Ramón, padre de don Alberto, también había tenido una visión de su propia muerte, o sea que era muy probable que a ellos también les sucediera, tener la visión de la propia muerte una noche antes.

Luego de pasado el velorio y el entierro, los hermanos no volvieron a hablar del tema. Ninguno de ellos creía en los sueños ni en cosas del espíritu. Sólo bastan algunos años de estudio para saber que las supersticiones son cosas de gente de pueblo, y que andar creyendo en el destino no tiene sentido.

No obstante, varios años después, David tuvo la visión. Espantado ante la posibilidad de morir llamó de madrugada a la casa en donde ahora sólo vivían Cristóbal y su madre. Cristóbal atendió la llamada y comprendió lo grave que era la noticia, de inmediato llamó a Arturo y lo

puso en alerta, y en pocas horas, viajando desde Los Angeles, estaba en Guatemala. David estaba aterrado y sin saber qué hacer. Con casi 40 años tenía mucho porvenir en el campo médico y le empezaba a ir bien, y ahora esto. Tanto esfuerzo para terminar de todos modos muerto y peor aún, con aviso.

Los hermanos decidieron que iban a enfrentar a la muerte y que estarían con David todo el día, que nadie entraría ni saldría de su casa. Despa- charon a su mujer y a sus dos hijos, diciéndoles que hablarían de cosas de hermanos. David sólo iba a tomar agua e ir al baño, no haría nada más, no podían permitir que muriera. Cristóbal recordó una película en donde los protagonistas luchaban contra la muerte, pero que ésta de todos modos ganaba al final. Ya se sabe: todos moriremos algún día, inclu- yéndonos a usted y a mí, amigo lector. Diariamente desafiamos a la muerte por 24 horas más. Celebramos nuestros cumpleaños sabiendo cuánto tiempo acumulamos en este mundo, pero no siempre caemos en la cuenta de que cada cumpleaños también es un año menos de vida.

Cada uno entretenido en sus propias filosofías esperaba salir triunfan- te, al menos ese día, sobre la muerte de David. Por momentos parecía que podría ser posible evadirla, ganarle, burlarse de ella una vez más, un día más. Llegaron los tres a las seis de la tarde sin indicios de muerte. Pe- ro entonces ocurrió.

Un niño en la casa de enfrente jugaba con el revólver 38 de su padre. Estaba parado en el techo de la casa, y en un infortunio se le disparó y la bala fue a alojarse en el cráneo de David, que estaba en la sala bebiendo un vaso de agua. La muerte los había derrotado, el cuerpo sin vida de David cayó al suelo sin que nada ni nadie pudiera evitar el fatal destino.

Empeñados como estaban en evadir la muerte, Arturo y Cristóbal ca- yeron en la cuenta de que no habían tenido tiempo de decirse entre ellos y a David lo mucho que se querían. No había habido tiempo de recordar las bromas infantiles, las anécdotas, los buenos tiempos. Quizá habría si- do oportunidad de ser más amables. Acordaron estar atentos para cuan- do le llegara la visión al primero de ellos no intentar luchar contra el des- tino, sino procurar hacerse las últimas horas más agradables, despedirse bien, terminar de buenas.

Sin embargo los buenos propósitos que siguen después de las tragedias se olvidan con el tiempo. La rutina y la vida con sus buenos y malos tiempos hacen olvidarse de la inminencia constante de la muerte.

Pasaron varios años. Cristóbal y Arturo, cada uno por su parte, habían planeado varias veces su último día. Se habían cuidado de no contarlo a nadie más, porque no le veían utilidad: todo mundo empezaría a llorar antes de tiempo. Arturo tuvo durante un tiempo el dinero en efectivo para comprar un boleto de avión a Guatemala. Pero después pensó que la mayoría de su gente estaba en Los Angeles y le pidió a Cristóbal que estuviera atento para viajar con su mamá, cuando llegara el día.

A Cristóbal a veces se le venían ideas divertidas al respecto de su último día. Pensaba que podría emborracharse a lo grande y así ni sentiría la muerte, o que invitaría a un montón de prostitutas y hacer una gran fiesta con sus amigos, o que escribiría una larga carta de despedida a sus amigos y amores, o que al fin ese día iría de nuevo a la iglesia, como su madre rogaba tantas veces.

Un día Cristóbal vio en el internet un video de un tipo muy respetado en el campo de la informática, que decía ante un grupo de estudiantes graduandos que había que vivir todos los días como si fuera el último. Lo aplaudían. La gente por lo general aplaude todo lo que a primera vista parece lindo. Pero, pensaba Cristóbal, este tipo siguió trabajando y nadie en su sano juicio, sabiendo que va a morir, va a la oficina a trabajar. Es una estupidez, porque lo que te hace ir a trabajar es que habrá un mañana, o un conjunto de mañanas que te motiva a ir a ganarte la vida.

Cristóbal decidió que su último día lo utilizaría para dar las gracias a todas las personas importantes en su vida. Sin discursos largos, sin apelar a compasiones de compromiso. Sin embargo, lo empezó a hacer cuando murió Arturo. A su madre le había dicho, mama, sos una gran mujer y me siento contento de haberte tenido como madre. Su mamá no pudo reaccionar mucho, debido a su borrachera, sólo dijo un inaudible gracias, y se tomó un sorbo de su whisky. A su mujer, días después, le dijo que ella había sido lo mejor que le había sucedido y que eso no lo podría olvidar nunca. Ella le dijo, sí claro, pero acordáte de traer el papel higiénico y el jabón a la casa.

La llamada de Arturo llegó en una fría madrugada de enero. Madre e hijo partieron hacia Los Angeles, y al llegar al hospital Arturo los recibió con una gran sonrisa. Lloraron los tres en un sólido abrazo, entre la confusión de la alegría de verse y la inminencia de la muerte. Arturo padecía un cáncer terminal y justo abandonaba el hospital en medio de agudos dolores para ir a su casa y morir. Cristóbal sabía que ahora él era el último. Su madre murió un par de años después de Arturo, sin aviso previo, sin mucho escándalo, dignamente.

La visión le llegó a Cristóbal cuando tenía casi 64 años. Se levantó de inmediato, preparó el desayuno para su mujer y para él, cortó una rosa del jardín y la colocó en el florero de la sala. Su mujer no estaba de buenas y no se explicaba la sonrisa idiota de Cristóbal cuando le dijo que estaba linda. Vamos a ver a la nena hoy, le sugirió. Andá vos, yo estoy cansada, viajar 100 kilómetros cuando ella de todos modos vendrá el fin de semana no me parece. Cristóbal partió solo entonces. Su carro fue a estrellarse en una curva a unos tres kilómetros de la casa de su hija. No sobrevivió.

El héroe de leyenda urbana

A la casa viene a veces don Nicolás, un maestro de obra que nos hace trabajos de fontanería y albañilería. Ronda ya los cincuenta y es ameno para platicar. Aunque hace tiempo que lo conozco no había platicado con él mucho, hasta el otro día cuando me contó algunas de sus historias.

—Mire esta cicatriz, don José —me dijo, levantándose un poco la camisa—. Fue la vez que me dejaron sin riñón, sólo Dios sabe cómo sobreviví.

—Cuénteme don Nico —le contesté, interesado y sorprendido.

—Pues veré, hace unos 10 años yo estaba echado a la perdición. En ese tiempo me había dejado mi mujer. Me gustaba ir de cantina en cantina e ir a visitar a las mujeres alegres. Un día que regresaba de una construcción, en una puerta de casa estaba parada una mujer muy guapa. Me dio las buenas tardes con una hermosa sonrisa, como si se estuviera poniendo el sol en sus labios. Yo me sorprendí de que una bonita se hubiera tomado la molestia de saludarme, yo sé que esas mujeres buscan otro tipo de hombres, que estén a su altura.

Al siguiente día me saludó de nuevo y me preguntó que si yo podía hacerle un trabajito de fontanería en su casa. Ah, por ahí iba la cosa, pensé. Después me dijo que no tenía cómo pagarme, pero que podíamos entendernos, y se puso coqueta y se pasó la lengua sobre los labios. Bueno, pensé, que sea lo que Dios quiera. Y entré a su casa.

Me mostró un chorro que estaba descompuesto y en menos de quince minutos yo ya lo tenía arreglado, yo soy bueno para los chapuces. Entonces tenía que venir el pago... Cuando le avisé que había terminado, salió de su cuarto con un camisoncito alborotador, y bueno, uno de hombre, qué va a hacer uno pues, tuve que hacer lo que me tocaba.

—Bueno don Nico, pero entonces le fue bien, de qué se queja.

—Es que todavía no he terminado —me respondió muy serio—, lo malo vino después. Ella después de lo que hicimos me ofreció un cafecito. Por supuesto que acepté, yo soy caballero. Después de tomarme el café no supe nada más, aparecí al otro día con esta herida, desangrándome, en un basurero. El doctor del hospital me dijo que me habían sacado el

riñón izquierdo. Sólo por Dios que es tan grande, estoy todavía vivo y puedo contarla.

—Y a la mujer que lo sedujo, ¿no la buscó para reclamarle su riñón?

—Regresé un par de semanas después para ver si la veía, pero la casa estaba vacía, así me dijeron los vecinos.

Don Nico lucía un tanto triste por su suerte. Le ofrecí una gaseosa fría, porque ya había trabajado toda la mañana. Aceptó de buena gana y seguimos nuestra charla, me dijo que me iba a contar sobre la vez de la parada en el semáforo.

—Esto sucedió no hace mucho, don José —dijo mirándome a los ojos—, usté que se maneja por la zona 9, debe tener cuidado. Dios no quiera que le pase, porque es feo, y uno siente que ahí se termina todo.

—Ya he oído lo de la ruleta de los narcos en los semáforos, pero me parece inventado todo eso.

— Qué va! Si no me hubiera pasado a mí, yo no lo creería. Ibamos con el ingeniero Salazar por la octava calle de la zona nueve, y quedamos atrás de una camioneta de lujo negra, que era el primer carro que estaba frente al semáforo. Era mediodía y había mucho calor y el ingeniero estaba molesto por un material que no nos habían entregado a tiempo. Ese día yo había ido temprano a saludar a mi mamá y me había dicho, como si fuera un presentimiento, que me cuidara mucho, que algo me podría pasar. Vaya mama, le dije, y no pensé mucho en el asunto.

Cuando el semáforo dio verde, la camioneta negra no arrancó y vi que el ingeniero se molestaba e iba a pitar con la bocina. Ese ingeniero es malo desesperado. Me recordé de las palabras de mi madrecita y le dije que se calmara, que algo malo podría ocurrir. El ingeniero me hizo caso de mala gana. Como el pickup no tiene aire acondicionado, el calor se encerraba y él se desesperaba más. La camioneta se quedó quieta todo el verde del semáforo. Los carros de atrás de nosotros bocinaban pero el ingeniero se contuvo. Al otro verde nos vamos inge, tranquilo, le dije yo. Llegó el siguiente verde, pero la camioneta no se movió, ni parecía que se fuera a mover. El ingeniero hizo maniobra para intentar rebasarlo, pero como había tráfico no pudo, y yo le dije, esto no me huele bien, no se le ocurra

bocinar, y él, ya un poco asustado también, me hizo caso. Pasó el verde y llegó de nuevo el rojo del semáforo.

Se abrió la puerta de piloto de la camioneta negra. El ingeniero subió el vidrio de su ventanilla hasta cerrarla. El tipo que bajó estaba vestido de pantalón negro y camisa negra, y tenía dos pistolonas al cinto. Se acercó hacia la ventana del piloto, y como el pickup tiene vidrios polarizados, pegó la cara para vernos. Cuando nos vió, empezó a tocar la ventanilla con su pistola, y yo pensé, ya nos jodieron. El ingeniero no tuvo más que bajar la ventanilla y el tipo nos dijo que con su amigo tenían una apuesta. Si hubiéramos pitado con la bocina, nos mataban, pero como no lo habíamos hecho, nos daba los cien dólares que habían apostado. Después se volvió a montar en la camioneta negra y al dar verde, se fue.

— Qué susto don Nico! Qué bueno que no le pasó nada, estuvo cerca.

— Sí, gracias a Dios —dijo tomando un sorbo de su coca cola—, nos salvamos con el ingeniero de esa. Por eso le digo que tenga cuidado, uno nunca sabe.

— Si, nunca se sabe.

— Si a usted le gusta ir a comerciales también hay que tener cuidado —soltó después de un momento de silencio—. Yo por eso no vuelvo a ir al comercial ese Miraflores, que le dicen.

— ¿Qué le pasó ahí pues don Nico? Que yo sepa, Miraflores es tranquilo.

— Será lo que usted diga, pero yo sé lo que me pasó y no lo voy a olvidar. Resulta que un día yo quería cobrar un cheque, pero era domingo. Me dijeron que en ese comercial abren los bancos también los domingos, así que me metí a esa cosa, ojalá no lo hubiera hecho. Qué bonito todo, es cierto, hay muchas cosas en las vitrinas y señoritas muy guapas que caminan por ahí. Después de cobrar mi chequecito, me puse a babosear un rato viendo vitrinas, porque para comprar no hay pinto. Me fui a comer una mi hamburguesa y una mi agua. Ya estaba para irme cuando me dieron ganas de ir al baño, y como todo era muy bonito, pensé, los baños deben estar chileros. Así que fui, y a la salida del baño, me encuentro tirado un billete de cien quetzales. Qué suerte, dije yo, y entonces lo

recogí. Casi al nomás recogerlo, se me durmió la mano y todo me dio vueltas. No supe de mí, y ya cuando sentí ya era casi de noche y estaba en el suelo del baño, sin pantalón, sin zapatos. Y lo peor de todo, sin pisto. Con mucha vergüenza salí y pedí ayuda a los policías del comercial. No me creyeron, pero me consiguieron un pantalón y unos zapatos y me dieron para mi camioneta.

—¿No le pasó nada más, don Nico?

—No... Gracias a Dios no tocaron mi parte de atrás.

Don Nico tomó el último sorbo de coca cola y me agradeció. Al levantarse se tomó el vientre con las manos e hizo muecas de dolor, yo le intenté tomar el brazo por si necesitaba ayuda, pero me dijo con señas que no necesitaba. Le pagué lo que habíamos acordado por el trabajo del día, y le dije que lo esperaba al día siguiente, para hacer otros trabajos. Con la frente en alto salió de casa, pero después de cruzar la puerta se volteó y me dijo que si no le podía adelantar 50 quetzales de lo de mañana, que estaba un poco apretado de pisto. Se los dí, todavía sorprendido de su mala suerte. Al otro día no se presentó, y no fue sino hasta un mes después que lo logré localizar. Llegó a la casa de nuevo, y me contó que el día en que habíamos quedado, había acompañado a su cuñado a una gasolinera para llenar el tanque de gasolina, porque se iba de viaje. Su cuñado imprudente dejó el celular encima del carro y justo cuando echaba gasolina entró una llamada, que contestó. Entonces agarró fuego su cuñado y sufrió quemaduras graves, de tercer grado. Gracias a Dios, a don Nico no le había pasado nada.

La llamada

Amalia está sentada en el sofá de su casa, esperando que su teléfono celular suene. Ya hizo la limpieza, ya preparó el almuerzo y sus hijas están en la escuela. Pero la llamada no llega y los minutos se hacen eternamente largos y no hay nada bueno en la tele. La música tampoco la calma, entonces toda la casa está llena de silencio. Solo hay un sonido que Amalia quiere escuchar y es el ringtone del himno a la alegría con que suena su celular cuando la llaman. Lo único que ha sonado un par de veces en la mañana ha sido el tono de mensaje de texto, con mensajes de publicidad. Marque el *TAROT para mejorar su suerte, dice uno. Pero de la llamada que espera, la que puede salvar la situación, nada.

Amalia lleva seis meses sin tener trabajo. Nunca tuvo carácter de comerciante, así que ha trabajado de doméstica por días, pero no se gana mucho, apenas alcanza. Su madre no se ha enterado de su situación porque Amalia es orgullosa, pero han habido días en que ella apenas comió un par de tortillas de maíz y un pan dulce, pero eso sí, a sus niñas nunca les ha faltado la comida. Revisa si el teléfono tiene suficiente carga y lee nuevamente los mensajes de texto, mira el mensaje de su mamá que alegremente le envió temprano desde el lago de Atitlán, donde pasa unos días por un retiro religioso, que dice: Amaneció nublado y lloviendo, con vientesito.

Amalia sonrío porque desde que su mamá aprendió a enviar mensajes de texto casi no la llama pero envía mensajes a cualquier hora. Se sonrío también por la falta de ortografía, y piensa, sí, tal vez suena mejor con s.

Instantes después se le quita el buen sabor del mensaje de su mamá y vuelve a su espera desesperada. La señora le dijo que si no la llamaban en una semana ya no lo harían, que se lo decía para que no esperara de balde. La semana se cumple justo hoy y entonces si ya no la llaman se habrá acabado definitivamente la oportunidad. De todas las entrevistas a las que ha ido, esta fue la que mejores síntomas de contratación dio. Pero ya ha pasado la semana, quizás ya contrataron a otra candidata más joven y que maneje mejor el inglés.

Amalia recuerda los días en que estudiaba secundaria y le parecía que podía conquistar el mundo. Sólo se trata de trabajar duro, pensaba entonces. Ahora piensa, sí, se trata de trabajar duro, ahora ya no para

conquistar el mundo, sino para pagar las cuentas y comer. Pero primero tiene que haber trabajo, y eso es lo que ella no tiene. Tampoco sabe cómo inventarse algo que le de suficiente dinero para no pasarla mal. La hija mayor le dijo un día de estos que se miraba más flaca, y ella le contestó que era porque hacía dieta para verse mejor y conseguir empleo.

Ahora que le va mal por no tener trabajo fijo, dado que siempre lo tuvo, recuerda cuando su marido la abandonó. Según él iba a encontrarse a sí mismo en Estados Unidos, a trabajar y a enviar dinero, pero después de que llamó para avisar que había llegado bien nunca volvió a comunicarse. Ella supo después por medio de la familia de él, que allá se había juntado con una salvadoreña a los pocos meses de haber llegado. Así que decidió darlo por muerto y olvidarse definitivamente de él. Pero el dolor del fracaso matrimonial a veces vuelve cuando las cosas no van bien, y lastima un poco.

Empieza a rezar un rosario para calmarse y vuelve a rogar a Dios para que le envíe un empleo. Le recuerda que nunca ha faltado a la iglesia, y que si no ha dado ofrenda ahora es porque de veras no tiene. También le recuerda que ella nunca se portó mal, que siempre fue una mujer tranquila, que se apiade de ella. El rezo la calma y se levanta del sofá para ir al cuarto de las nenas, y mirando el osito amarillo de la pequeña se recuerda del día en que lo compraron en la paca; la nena lo miró, lo tomó y no lo quiso soltar.

Cuando son las doce menos cuarto en la mañana, Amalia piensa que ya no vendrá la llamada sino hasta después del almuerzo. Bueno, piensa, tal vez no era para mí, mejor pensar positivo, ya saldrá otra oportunidad. Ya está calmada y ya vendrán las niñas de la escuela, para ellas hay que estar alegre, por ellas vale la pena el esfuerzo. La tarde será menos larga, porque habrá que revisarles las tareas y harán bromas y después mirarán caricaturas.

Por fin suena el himno de la alegría en su celular y ella acude un poco temerosa. Es del número de la empresa. Le anuncian que la esperan el próximo lunes a primera hora, y que tendrá, así como ella lo pidió, el turno de la mañana. Ella conserva la calma mientras dura la llamada, toma nota de la dirección a donde debe presentarse y el nombre de la persona por quien preguntar. Cuando termina la llamada ella cae en el sofá, así como caen los maratonistas después de una carrera agotadora. Las

lágrimas empiezan a salir, toda la tensión de los meses anteriores después del despido injusto parece liberarse por fin.

Media hora de llanto después se lava la cara y procura calmarse, las niñas no la pueden encontrar así. La pequeña llega muy contenta del colegio, la grande llega muy cansada. Mientras les da de almorzar, Amalia les cuenta que ya tiene un empleo nuevo y que por las tardes siempre estará con ellas. La grande responde que eso está bueno, porque así podrán ir otra vez a comer pizza afuera. Sí, responde Amalia, pero sólo si se portan bien. Pone cara seria, pero sonrío por dentro.

La venta

Mauricio va a visitar un poco nervioso a un cliente nuevo que pidió la cotización de un lote de computadoras. El lote es muy voluminoso y por lo tanto importante para la empresa de Mauricio, que no ha tenido buenos resultados los últimos meses. Esta venta le representaría salvar el año. Siempre ha sido un hombre muy sereno y buen vendedor, pero con la presión de cerrar un negocio que le implica poder pagar sus deudas y obligaciones, Mauricio no sabe si le saldrá bien la negociación, si los nervios lo traicionarán. Acude a la cita con el nuevo cliente, un tipo gordo de traje gris y corbata azul, gerente financiero, que sonríe en su escritorio y lo invita a sentarse.

—Bueno Mauricio, dígame, ¿qué me trae? —interroga el cliente—. Acuérdesse que yo tengo a cinco vendedores cotizándome este equipo, si me trata bien yo me olvido de ellos y hasta lo recomiendo para otras empresas amigas.

—Sí ingeniero, yo lo sé, no se preocupe, yo lo trataré bien —responde Mauricio, iniciando la ofensiva de venta. De su portafolio saca un folder con la cotización y la coloca sobre el escritorio del cliente, pero éste ni se toma la molestia de verlo.

—Dígame cuánto es en total y cuánto de sus comisiones podemos negociar —propone el cliente, sonriendo—, si usted colabora, todos salimos ganando.

—Millón y medio de dólares, y mis comisiones son el uno por ciento —contesta Mauricio, seguro y mirando al cliente los ojos.

—Bien, me parece un poco alta la suma y no le creo que sea el uno por ciento su comisión. Yo quiero un descuento del diez por ciento. Pero además quiero para mí, porque soy quien decide si usted me cae mejor que los demás, la mitad de su comisión en efectivo. Y no me venga con que usted sólo gana el uno por ciento.

Mauricio respira profundo y dice que verá qué puede hacer, necesita hacer una llamada. Marca de su celular a un número y pide que le comuniquen al gerente de ventas. Después de contar la situación logra una respuesta afirmativa y sonriendo termina la llamada.

—Le conseguí un doce por ciento de descuento y el dos por ciento en efectivo para usted —le anuncia al cliente.

—Ok, el porcentaje de descuento me parece bien, pero yo quiero para mí el cuatro por ciento.

—Va a estar muy difícil ingeniero, ya estamos casi sobre el costo y así casi no ganamos nada. Verá, a usted lo estoy tratando muy bien, no se puede quejar. Usted sabe que mi puesto depende de esta venta y que si no la logro, podría quedarme sin empleo. Tengo a dos niños en el colegio y a mi mujer enferma. Ya no puedo hacer más, usted debe también comprender que me estoy jugando la vida.

El cliente sonrío burlón ante la cara un tanto angustiada de Mauricio. Pero recuerda a sus hijos en el colegio y a su ahora ex mujer y sabe bien cómo es de difícil llegar a fin de mes, a veces. Intenta una última propuesta.

—Bien Mauricio, no hablemos más. Deme el doce que dijo y tres para mí y todos en paz.

Mauricio no tiene ahora cara de muchos amigos y se le nota en la mirada su decepción. El cliente siempre tiene la razón dice aquel dicho, pero no siempre es cierto, piensa. Consulta de nuevo con el gerente de ventas y termina por acceder. El cliente entonces manda a imprimir el cheque del adelanto y lo firma en su escritorio, y acto seguido, se lo entrega a Mauricio para que lo firme de recibido. Lo firma sin mucho convencimiento, da las gracias, sonrío, y sale de la oficina cabizbajo.

Cuando abre su carro en el estacionamiento, mira fatigadamente a la ventana de la oficina del cliente. Ahí está el ingeniero, parado de brazos cruzados. Mauricio luce derrotado y apenas hace un respetuoso saludo. El cliente se lo devuelve con una leve inclinación de cabeza.

Ya afuera de la empresa Mauricio cambia su cara y ahora luce un semblante triunfal. Todas sus predicciones se hicieron realidad, la estrategia funcionó. Un uno por ciento más que la meta que se había propuesto. En un semáforo le envía un mensaje de texto a su mujer, contándole que hubo negocio. Se felicita de la decisión de haber ido él como vendedor a

ofrecer el producto, porque si se hubiera presentado como el dueño de la empresa, no habría habido venta.

Los bachilleres

Cuando estaba en primer año de bachillerato con el Dani y la Fabi nos íbamos a vagar todas tardes en el carro de aquel. Al Dani al nomás cumplir los dieciséis le habían dado su carro propio, y el carro cuando sos chavo no te sirve si no lo usás para chingar con los cuates. Antes de que le dieran el carro yo no salía mucho con ellos porque no quería hacer hacer mal tercio. El Dani y yo habíamos andado detrás de la Fabi y a ella le había gustado él, y yo como buen cuate pues me había hecho a un lado al principio. Pero los dos fueron tan insistentes que no pude decir que no. A veces pienso que mejor hubiera sido dejarlos solos.

Íbamos y salíamos juntos del colegio. Las tardes eran lo que más esperábamos porque íbamos a pasear por algún comercial, la Antigua o al cine. Algunas veces se nos pegaba la hermana de la Fabi, pero como esa chavita era mera caquera no siempre le gustaba. Si esa chava no fuera tan llena de babosadas hubiéramos andado en pareja y tal vez no hubiera sucedido lo que sucedió.

La Fabi era linda, tenía cabello castaño y era morena clara, tenía un su piercing en la nariz que le quedaba calidad. Era delgada pero con buenas curvas. Además era buena onda, sabía que era bonita, pero no por eso hacía malas caras cuando algún chavo se le acercaba. Eso sí, si querían algo más que amistad, decía que ella sólo era del Dani. Por ser así buena onda y linda, le cayeron un montón de declaraciones de amor, incluso de hombres grandes con buen billete. Pero ella nunca se metió a babosadas, aunque oportunidades no le faltaron.

Nuestro paseo preferido era Miraflores, entrábamos al museo al que nadie entra y mirábamos una y otra vez las vasijas y la tumba que hay allí. En el montículo que está adentro, hacíamos carreras con el Dani, y casi siempre ganaba aquel. La Fabi jugaba a ser una reina maya y nosotros con el Dani le seguíamos la corriente, nosotros éramos los súbditos. Los miércoles, aprovechando el dos por uno, entrábamos al cine. Después nos íbamos a comprar shucos enfrente del Tikal Futura y así nos la pasábamos. Terminábamos en la casa de la Fabi o la del Dani haciendo las tareas del día.

Siempre nuestros papás nos dieron mucha libertad mientras anduviéramos juntos. Al Dani le decían que si andaba conmigo se podía ir a tal o cual fiesta y hacían que yo llegara a su casa. Ellos vivían a unas cuadras

de la mía. Al regreso siempre pedían que echáramos el aliento para ver si habíamos chupado, pero al Dani y a mí nunca nos agarró por el guaro porque nunca nos llamó la atención. Lo que nos gustaba era la mota.

Lo que no me gustaba era cuando aquellos dos se iban a enmotelar o a la casa de la Fabi y me dejaban en algún comercial o en el cine. Está bien, ellos que hagan lo que quieran, pensaba, pero yo hubiera preferido irme a mi casa. “Esperanos aquí un ratito”, decía la Fabi, y sin darme tiempo a responder, iban al parqueo y salían. Volvían un par de horas después. Al final terminé entendiendo cómo funcionaba la cosa y cuando me decía la Fabi que esperara un ratito, mejor agarraba camioneta y me iba a mi casa. La primera vez me llamaron al celular para ver dónde estaba. En mi casa, le contesté al Dani, y colgué. Muchas veces me tuve que regresar en camioneta a la casa porque aquellos se iban a coger.

La mota la conseguía el Dani con un su tío que había sido medio hippie, y que además tenía su propio cultivo. Nos juntábamos a fumar en la casa de la Fabi, que era la que se mantenía más sola. Nos relajábamos y empezábamos a reír como locos. Siempre reíamos porque nos llevábamos bien, pero con la mota eran risas extrañas. Al Dani se le achinaban los ojos cuando ya le hacía efecto y de eso siempre nos burlábamos con la Fabi. Le decíamos que de plano era un su antepasado chino el que lo poseía cuando fumaba mota.

Nunca nos costó sacar buenas notas en el colegio. Lo que nos jodía era tanta tarea que dejaban a veces. Pero si se trataba de exámenes, con unas cuantas leídas ya estábamos hechos. Sacábamos buenas notas, pero no éramos los primeros. Para ser los primeros hubiéramos tenido que estudiar más, y así no hubiera habido tiempo para todas las chingaderas que nos echábamos.

El 2007 fue sin duda uno de mis mejores años, porque todo ese año estuvimos juntos con la Fabi y el Dani. Éramos como hermanos, nos llamábamos todo el tiempo, chateábamos por internet y nos enviábamos mensajitos de celular. Aquellos dos estaban bien enamorados, y yo a veces me sentía de más, y aunque hubo un tiempo que me alejé de ellos por prudencia, igual me llamaban o me iban a buscar a mi casa. Así que decidí pasármela bien con ellos. En ocasiones conseguíamos alguna amiga que nos acompañara y en otras pocas la hermana de la Fabi, como conté antes, pero nunca logramos que se integrara alguien más, sólo nosotros

sabíamos todos nuestros códigos, nunca hubo alguien que lograra entrar al grupo.

En las vacaciones del 2007, en noviembre y diciembre, nos separamos porque la Fabi no estaba. La mamá de la Fabi se la llevó a Costa Rica porque tenía un proyecto de trabajo allá, y aprovechando las vacaciones se la llevó. Nos contaba por el chat que se aburría un montón, que sólo cuando se juntaba con unas sus primas de allá se la pasaba bien. Nos extrañaba mucho, lástima que no se había quedado, hubieran sido unas buenas vacaciones.

Con la Fabi fuera de alcance el Dani y yo nos juntábamos, pero no era lo mismo. Así que en esas vacaciones le entramos más duro a la mota, y no sé si eso fue al fin lo que descompuso las cosas después. Los únicos momentos alegres de verdad era cuando chatéabamos con video con la Fabi. Nos poníamos a bailar y a hacer tonteras y ella se reía como loca.

La Fabi regresó para el inicio de clases en enero 2008. Los tres estábamos contentos de volver a armar el grupo y nos prometimos que haríamos más cosas que el año pasado. Las clases empezaron y volvimos a nuestra rutina de chingadera por las tardes, pero yo sentía que algo había cambiado y presentí que algo pasaría.

Recuerdo que fue una tarde de febrero, cuando estábamos fumando mota en la casa de la Fabi, que ella soltó una frase que se nunca se nos pudo borrar: "lástima que no me puedo casar con los dos". Y ese fue el principio del fin. Al Dani rápido se le quitaron los ojos chinos y se puso furioso, gritó un montón de cosas que no recuerdo, tomó a la Fabi del brazo, salió con ella a la calle en el carro y me dijo a mí que me fuera a mi casa.

Por la noche la Fabi me llamó llorando y me pidió que fuera a su casa. No sé cómo me salí de la casa sin que me vieran, tomé un taxi y fui hasta la casa de la Fabi. Estaba sola. Me abrazó y me dijo que el Dani decía que ya no quería que me juntara con ellos, pero que ella no estaba de acuerdo. Y me empezó a besar y a besar y yo sentí como un mareo. Me llevó hasta su cuarto y ahí me tiró a la cama y me empezó a sacar la camisa. Yo no sabía qué hacer y pensaba en el Dani y en todas nuestras risas juntos los tres. Pero la calentura pudo más y entonces me dejé llevar, la Fabi

siempre estuvo bien buena y yo siempre la había deseado. Cogimos dos veces esa noche, espectacularmente.

Regresé tarde a mi casa, con sentimientos encontrados. Tenía varias llamadas perdidas de mis papás y del Dani, había hecho bien al dejar el celular en mi cuarto. Me putearon como una hora, me dijeron que eso no se hacía, me prohibieron la tele y el internet y me quitaron el celular.

Al otro día en el colegio no vi ni a la Fabi ni al Dani. Llegaron al día siguiente, pero cambiaron sus lugares en el aula y ya nunca nos volvimos a sentar juntos. La Fabi me miró y me sonrió como pidiendo disculpas. Salvo asuntos obligatorios nunca nos volvimos a dirigir la palabra. Nos graduamos en octubre 2008 y no volvimos a comunicarnos más. Yo intenté hablar con el Dani, pero siempre me decía, yo con vos no tengo nada que hablar, cerote. La Fabi nunca me respondió el celular ni los emails. Todo el resto del año escolar fue una cruz pesada, era un ambiente muy tenso y hasta les supliqué a mis papás que me cambiaran de colegio, pero no me hicieron caso, no había razón para hacerlo, dijeron.

A la Fabi la vi en marzo de este 2009, iba con un su novio muy contenta, y por el carro y la vestimenta del tipo, parecía tener dinero. Me saludó, pero no se detuvo a platicar. Quise llamarla esa noche, pero me respondió un tipo diciendo que estaba equivocado.

Al Dani lo vi en abril en una fiesta rave, al principio se hizo el loco, pero después llegó conmigo y me dijo qué putas maldito, y acto seguido me pegó un puñetazo en el ojo derecho que me tumbó al suelo. Se fué de la fiesta sin decir palabra. Yo pasé con el ojo morado por casi dos semanas, y no sé si soy yo o de veras me pegó tan duro, porque todavía ahora que estamos a mediados de julio me sigue doliendo, y bastante.

La espera

Hay una reunión familiar a la que asiste Cecilia, una bella muchacha de casi veinte años de porte elegante y mirada cautivadora. Se ha puesto sus mejores aretes, se ha alisado el pelo y viste un espectacular vestido negro y unos zapatos de tacón que dejan ver unos pies bien cuidados. Sonríe satisfecha, a la par de sus papás. Todos la saludan y tienen palabras de elogio para su belleza y ella se siente bien, se siente admirada, se siente bonita. Pero lo que ella espera es que aparezca Rodrigo, el amigo de su primo Pablo. Para él fue que se arregló, para él es que está bonita.

A medida que pasa el tiempo y se acaban los saludos de rigor y comienza la espera de la comida, Cecilia empieza a impacientarse. Por teléfono Rodrigo le había dicho que asistiría a la reunión por el cumpleaños del tío Antonio, pero ni él ni Pablo aparecen. No quiere preguntar por él, para no mostrar un interés que supuestamente no tiene, porque Rodrigo no es un tipo tranquilo, tiene su fama de donjuan. A ella le parece lindo, él le dice todo el tiempo cosas bonitas, y asistió a la reunión sólo por verlo y platicar con él y el muy desgraciado no se aparece.

Se le pega su prima Ani, a la que no le para la lengua ni un segundo. Le cuenta los últimos chismes de la familia, algo de la farándula internacional, un poco de su sufrida vida con las clases en la universidad. Y claro, de los muchos chavos (según ella) que la pretenden. Pero yo no me voy a quedar con el primero que pase vos, dice Ani, al que le de mi corazón debe merecerlo, y ya sé cómo será: un tipo alto, de pelo negro, ojos café claro y muy amable; yo sé que Dios escuchará mis oraciones.

Cecilia sonríe con las ocurrencias de Ani, pero ella ya decidió quien le gusta y esperaba esta reunión para hacerlo caer, para sonreírle de manera irresistible, para que Rodrigo ya nunca quiera a otra en toda su vida. Pero sigue sin aparecer y ya el licor a algunos los empieza a poner gritones y chistoncitos. Si tan sólo se apareciera ahora para hacer mejor el mundo.

Luego llega la tía Consuelo, la más católica del mundo. Llega y la mira y le dice qué linda estás m'hija, Dios te hizo linda de veras. Tenés que cuidarte y reservarte para el matrimonio y no regalar tus dones a cualquiera por ahí, pero contame, cómo va la universidad. Cecilia le cuenta entonces que acaba de comenzar el semestre y está entusiasmada con un

par de clases interesantes. La tía Consuelo le pregunta si está yendo a misa los domingos y ante la respuesta afirmativa, emite una sonrisa satisfecha y aliviada. Seguí así Ceci, Dios proveerá.

El hermano de Cecilia, una pesadilla de diez años, pasa cerca de ella y se detiene para decirle, ¿qué onda?, ¿no viene el Rodri?, jajaja, de balde tanto salón de belleza! Ella lo mira con un odio que sale del fondo del corazón, qué niño tan impertinente, qué molesto, que idiota.

Uno de los tíos propone un brindis por Antonio, el tío festejado. Todo mundo está en silencio y empieza el discurso alabando todas las supuestas virtudes de Antonio, gran padre, esposo y empresario, gran ser humano, un ejemplo para la sociedad guatemalteca. Luego entra el mariachi contratado y todo mundo es feliz, todo mundo sonríe, casi todos con algún vaso de licor o cerveza en la mano. La gente se levanta a bailar y se la pasa bien. Todos menos Cecilia, que sigue esperando que aparezca Rodrigo y que le ilumine la tarde, que le diga lo bonita que está, que le sonría y que la haga sentir una reina.

Se retira el mariachi y el dueño del corazón de Cecilia no da señales de vida. Parece que de veras sí fue de balde ir al salón de belleza y ponerse los mejores atuendos. Pero ya cuando la gente empieza a irse llega un Rodrigo un tanto desaliñado, pero lindo. A ella le late el corazón y sonríe y el mundo ahora le parece maravilloso. Rodrigo se queda admirado ante la belleza de Cecilia, la observa un momento y le dice lo hermosa que se mira. Le cuenta que acaba de regresar con Pablo de una excursión al volcán de Pacaya, que no pensó que se tardara tanto. Pero justo cuando empiezan a platicar a gusto llega Amarilis, la hermana de Pablo, y lo besa apasionadamente en la boca, como marcando terreno, medio saluda a Cecilia y le dice a Rodrigo que se apure, que ya deben irse. Y se van, y la dejan sola, con su todo y su belleza, su espectacular vestido y sus zapatos de tacón que dejan ver unos pies bien cuidados.

Inversiones seguras

A Gustavo le acaban de informar por teléfono que su cuenta con la tarjeta de crédito acaba de pasar a cobro judicial. Después de colgar, resopla derrotado. No tiene la menor idea de dónde sacará dinero para pagar porque fue despedido de su trabajo la semana pasada. El carro ya lo vendió para pagar otras deudas y su mujer y sus hijos se fueron a la casa de los padres de ella, porque él está de un humor insoportable. Pero irracionalmente confía en que algo aparecerá y que la situación mejorará y todo volverá a la normalidad, si es que es posible la normalidad. Un sueño que tuvo anoche le hace pensar que todo irá bien.

Gustavo no recuerda bien cómo fue que se llenó de deudas, si apenas hace cinco años tenía un buen empleo, se acababa de casar y nacía su primer hijo. Ahora, casi llegando a los treinta, lo ha perdido todo, está gordo y desempleado. Parece que la situación no puede empeorar. Después de ser el alma de la fiesta, el que invitaba a los tragos y de haber ascendido rápidamente en la empresa, pasa a ser evadido por los amigos y odiado por los dueños de la compañía. Andrea, su última amante, no contesta sus llamadas desde que supo que estaba despedido.

Pero el sueño de anoche le hace pensar a Gustavo que algo pasará y él saldrá bien librado de ésta. En el sueño él se veía vestido de blanco, en un jardín hermoso. Una niña también vestida de blanco se le acercaba y le entregaba una moneda de oro, le sonreía y se iba brincando hasta desaparecer detrás de una arboleda.

Entonces le surge la idea de volverse empresario. Algo tenía que hacer, no podía quedarse todo el día en la casa viendo tele y malcomiendo, tenía que salir de ésta. Con el dinero de su indemnización terminaría de pagar sus deudas y borrón y cuenta nueva. Esta debía ser una oportunidad y no una derrota. Se automotivaba de esta manera y hasta lograba sonreír.

Hace un par de años, en un arranque de optimismo, había fundado una sociedad anónima con su mujer, y ésta seguía funcional, con los papeles en orden y los impuestos al día, gracias a que su contador era un tipo escrupuloso y dedicado. Así que era tiempo de empezar con la actividad: servicios financieros.

Dios proveerá, decía un cuadro que estaba en la sala de su casa, cuya fotografía era un jardín amplio y hermoso. Así que hizo la primera llamada a un amigo del trabajo y le ofreció sus nuevos servicios: inversiones en empresas importantes, el rendimiento era de 10% mensual, insuperable en el mercado. El alto interés se debía a que en la actual crisis nadie invierte y por lo tanto el riesgo es mayor, pero él se había encargado de estudiar cuidadosamente a cada una de las empresas en que iba a invertir, todas de prestigio y legales. Era una inversión segura.

Al otro lado de la línea, el amigo entusiasmado le dice que no se quiere quedar afuera y que lo espera al otro día para empezar la inversión. No vayás a dejar que nadie te diga qué hacer, le dice Gustavo, esta inversión es la oportunidad de tu vida y vos tenés que decidir sobre ella, no dejés pasar el tren sin subirte. El amigo entusiasmado le promete entonces 20,000 dólares su ahorro de los últimos años.

Cuando cuelga el teléfono a Gustavo se le asoma una gran sonrisa triunfal. No se imaginaba que fuera tan fácil manipular a la gente. Su primera prueba resultó bastante bien y decide continuar. Durante el resto del día se dedica a hacer llamadas a amigos y familia y consigue ocuparse en los cobros para el resto de la semana. En una semana ya logró captar 75,000 dólares sin hacer ningún negocio real. Para aumentar la avaricia de sus clientes, decide que entregará intereses semanalmente.

Para el primer mes ya recaudó 250,000 dólares y la noticia se riega rápidamente. Ya tiene cuatro personas a su cargo y una lujosa oficina en el noveno nivel de un edificio cotizado. Las inversiones siguen llegando y los pagos de intereses se realizan cada semana, religiosamente. Ya se consiguió una amante a la que lleva a vivir a su casa, tiene un carro nuevo. Todo tan rápido, tan fácil, cómo no se le había ocurrido antes.

Gustavo sabe bien que debe haber algún punto en el cual tenga que huir. Planifica que en seis meses deberá hacer movimientos importantes de dinero y conseguir otro país para irse. Mientras tanto las inversiones siguen fluyendo, la avaricia humana es el gran motor de su negocio.

Inversiones Seguras, S. A. se llama su empresa. Planeaba tener cuatro millones de dólares en inversión al final de los seis meses que se había trazado como punto de huida, pero se sorprende al revisar que tiene

inversiones por más de 20 millones. Entonces decide que es tiempo de marchar, antes de que todo se desmorone.

Gustavo avisa a su personal que se irá de vacaciones a España durante dos semanas y deja indicaciones para que manejen el dinero de los intereses y sigan pagando. Hace una transferencia de 15 millones de dólares a varias cuentas a nombre de varias personas en varios países a quienes previamente ha contratado.

Efectivamente va a España, pero una semana después viaja a Nicaragua, donde compra una falsa identidad con la que se radica en Panamá. Desde ahí recupera buena parte del dinero que ha repartido, algo se pierde en el camino. Han pasado tres meses desde que desapareció del país.

Mientras tanto, sin señas de su jefe, la empresa comienza a ser un caos y los inversionistas están nerviosos, hasta que se descubre que Gustavo ha huido y sale a la luz la estafa. Un par de suicidios, una manifestación, declaraciones de prensa y demandas en tribunales. Pero no hay justicia ni resultados, Gustavo se sale con la suya.

Desde Panamá, Gustavo, ahora Juan de Dios, lee los periódicos y se felicita por su genio. Nunca pensó que fuera tan fácil hacer algo así. La clave, se decía siempre, es huir a tiempo. En el pueblo en donde decidió radicarse es muy querido porque ha hecho donativos a la alcaldía y a las iglesias del lugar. Cada vez que hacía un donativo importante, solía decir "Dios proveerá", ante los aplausos de la gente. Se consiguió mujer hermosa, hizo familia y fundó una iglesia cristiana que llegó a ser muy exitosa.

Hasta aquí el plan de Juan de Dios, antes Gustavo, parecía perfecto. Ni él mismo creía a veces lo fácil que lo había tenido. Lo difícil le había tocado a sus empleados, varios de los cuales pararon presos, con todos sus bienes confiscados. Parecía que se saldría con la suya, si no fuera porque cometió un grave error: le dio total acceso a su dinero a su esposa.

Con el aburrimiento que provoca la riqueza, la esposa de Juan de Dios decidió que invertiría el dinero para lograr más dinero y así demostrarle a su marido que ella era algo más que una cara bonita. Lo decidió hacer invirtiendo en una empresa que prometía 10% de interés mensual, y

según el agente de negocios que la visitó, la clave era que la empresa invertía en compañías de prestigio. Era una inversión segura.

Ángel de la guarda

Al principio es un poco difícil acostumbrarse a estar muerto. Hay un instante casi imperceptible en el que tu alma deja para siempre tu cuerpo, pero vos seguís consciente de lo que sucede, sólo que lo empezás a sentir de otra manera. Es como si todo se volviera gaseoso y sin peso, vos flotás y mirás a la gente y ellos no te ven y ya no te duele nada y eso te alivia. Pero conforme pasan los minutos te das cuenta de que ya no podrás volver a hablar con nadie que esté vivo y eso te hace sentir angustia. Y ahí empiezan a aparecer los otros muertos, y es como cuando vos entrás a la universidad y te bautizan, te empiezan a hacer bromas y a burlarse de vos, te hacen preguntas que cómo te llamás, de qué te moriste y en qué trabajabas.

Siempre está el muerto bueno que te dice con qué tener cuidado, al que le caés bien por alguna razón desconocida. Está también el muerto que se cree jefe de todo y anda desafiando a todo mundo. Uno piensa que esas cosas se acaban con la muerte, pero depende de qué muertos anden por ahí, así te va a ir. Lo bueno, me decía uno de ellos, es que ya no te pueden matar.

Mi problema es que dejé cosas sin resolver al morirme, como le sucede a todos, creo. Pero yo no puedo dejar de pensar todo el tiempo en que debí haber sido un poco más buena gente. Es decir, sí, yo hice el bien estando vivo, pero con esa idea de hacer mucho dinero pues me la pasé ocupado. Me casé y fui un tiempo feliz, pero en verdad creo que me casé más para salir del paso, para que estuviera completa la foto y así poder seguir, como para poner un chequecito en la lista de cosas pendientes. Yo quería a mi mujer claro, pero no con ese amor de las películas. Ella me quería, había que ver lo triste que la pasó en el funeral, pero también ahí descubrí que me engañaba con mi primo Alberto.

Cuando me recuerdo del accidente siento que pude haber maniobrado mejor el timón y haberme salvado. Pero no se pudo, así que estoy ahora bien muerto y con asuntos pendientes. Los muertos con los que he hablado no me han dicho si uno pasa a otro estado o si se va al fin al cielo o al infierno como dice la religión. Yo siempre pensé que era un castigo o un premio demasiado exagerados para lo que hacemos en una vida. Es decir, un premio eterno por haberte portado más o menos bien en 35 años en mi caso. O un castigo eterno por haberte portado muy mal en ese

mismo tiempo, quitando el período de la niñez, en donde parece que tenemos licencia para ser un poco crueles sin que merezcamos el infierno.

Pero bueno, ya estoy muerto, no tengo opciones de escoger nada, y no sé a dónde iré ni qué haré. Ahora me la paso el día viendo al Estuardito y me gustaría abrazarlo y ponerlo sobre mis hombros y decirle que a pesar de que tiene cara de mono yo lo quiero mucho. Ah, cuánto se extraña a los seres vivos! Lo que no me parece es que ya le está empezando a decir "papa Alberto" a mi primo. Todavía no se termina de enfriar mi cuerpo en la tumba y ya la viuda al gozo. Eso no se vale.

Cómo me gustaría poder dormir. Es algo que hace falta cuando te morirías, porque entonces te la pasás aburrido en la noche, todo mundo durmiendo. A veces cuando estoy en la cocina en la noche y oigo algún ruido me sigo asustando. A mí lo que siempre me dio miedo es que se entraran los ladrones a la casa y pasara algo. A veces me despertaba algún ruidito y me pasaba el resto de la noche prendiendo luces para que el supuesto ladrón que yo pensaba quería entrar a la casa, se diera cuenta de que alguien estaba alerta para que no molestara.

No puedo describir la angustia que sentí cuando efectivamente era un ladrón el que acechaba mi casa, una noche de lluvia. Yo pensaba que los ladrones no trabajaban en días de lluvia, así que me sorprendí al ver a aquel tipo entrando a mi casa mojado, con una linterna tapada con un papel negro para que no reflejara mucho. Sentí algo helado en todo mi espiritual cuerpo cuando ví que se dirigía al dormitorio de mi Estuardito. Pensé, este hijueputa lo va a secuestrar y quise con todas mis fuerzas estar vivo otra vez y defender a mi hijo. El maldito, que usaba un pasamontañas negro, entró a su cuarto. Yo pensé en por qué habrá escogido una noche de lluvia y no el día, cuando Estuardito iba al colegio o salía.

Empecé a desear con todas mis fuerzas estar vivo de nuevo y volver a morir si era necesario para evitar que le hicieran daño a mi hijo. Lo deseé con tal fuerza, con tal furia, que volví a la vida; volví a tener huesos y músculos y aparecí a la par de aquel maleante que se llevaba a Estuardito en brazos. No tuve tiempo para pensar en nada, sólo quería en arrebatárselo a mi hijo al secuestrador. Tomé con todas mis fuerzas su cuello y no lo solté a pesar de las cuchilladas que me metía, su cara se puso roja y sus ojos un poco saltones y al fin dejó de respirar. Estuardito me reconoció y me dijo gracias papi!, y me abrazó, llorando. Fue el abrazo más dulce de toda mi existencia, antes o después de muerto.

Nadie se explicó después cómo fue que el pequeño Estuardo venció al maleante, nadie le creyó que fue su papi quien lo defendió.

Desde esa vez nunca me he apartado de Estuardo. Lo veré crecer sin que él me vea, sin que nadie me vea. Todavía no entiendo bien cómo funciona este mundo de los muertos, pero me reconforta saber que estaré con él cuando me necesite, siempre.

La pianista

Al apartamento de enfrente un día se mudó una muchacha de unos veintitantos, algo regordeta, de sonrisa discreta y maneras finas. La vi llegando con el camión de mudanzas y me ofrecí a ayudar con el piano recto que llevaban torpemente un par de tipos, que después me enteré eran sus hermanos. Como recién divorciado que era por aquel entonces, sin dinero ni nada bueno que hacer, ayudé toda la tarde en la mudanza y me hice amigo de la pianista. Me puse a la disposición, como el buen vecino que nunca había sido.

La pianista no era una mujer bonita pero tenía esa aura que tienen a veces los artistas, ese resplandor que tienen al tocar un instrumento, cantar o actuar. Ahora que ha pasado el tiempo, al recordar me pega un poco la nostalgia de aquellas tardes en las que la escuchaba desde el apartamento, o aquellas ocasiones en que la visitaba y me permitía escuchar su ensayo. Cuando terminaba una pieza sin cometer errores, se transfiguraba totalmente. Era particularmente agradable verla en esas tardes en que todo le salía bien con su piano. Era como si no importara nada más, como si el mundo se compusiera al tocar el piano.

Cuando llegó al apartamento, según me contó después, acababa de pasar por una gran decepción. Su novio de cuatro años, dos semanas antes del casamiento, sin razón aparente, se había arrepentido y había cancelado la boda. Todo estaba ya listo, la iglesia, el salón de la fiesta, el menaje de casa, el nuevo apartamento... Pero él canceló todo, y se fue a Lituania, con una su novia que había contactado por internet y que había conocido en persona hacía seis meses.

Así que los dos veníamos de relaciones frustradas, aunque yo había tenido unos años de matrimonio semi-feliz. Varias veces ella lloró en mi hombro por su novio fugitivo. A pesar de la atracción que existía entre nosotros, hubo un tácito acuerdo para mantener la relación en términos platónicos. Hueco sos, me decían mis amigos, pero yo lo que no quería era volver a las andadas en las cosas del amor, y ella tampoco. Para quitarme las ganas están las putas, les decía, aunque debo apuntar que nunca fui un gran cliente de los burdeles.

Me gustaba escucharla cuando tocaba a Chopin, y en esa época lo tocaba bastante. Creo, desde mi perspectiva de ignorante, que Chopin es el compositor de las relaciones rotas. Una tarde de lluvia, cuando ella

tocaba un vals le pregunté si había bailado algún vals de Chopin con alguien. Me contestó que no. Algún día deberíamos bailar un vals de Chopin vos y yo, le dije. Ella, sin dejar de tocar el vals, sonrió sin contestar.

En ese vals en particular, le dije, pareciera como si la primera nota que tocás flotara y flotara y quedara en el aire y la melodía la soplara para que no caiga, como si fuera una burbuja de jabón. La nota es un fa sostenido, me respondió, y algo parecido a lo que decís vos dijo en clase un maestro en el conservatorio. No sos tan malo para apreciar el arte, agregó, con guiño y sonrisa.

Salíamos muy poco porque ni ella ni yo teníamos dinero. Ella vivía de tocar teclado o piano en las iglesias, en bodas y fiestas. Le alcanzaba para vivir decorosamente, pero nada más. Yo tenía un empleo como procurador en un bufete de abogados. A veces era extraño, como si ya fuéramos pareja formal, pero sin sexo ni compromiso real. Ninguno de los dos quería dar el paso.

Debo admitir que me fui enamorando entre los compases y las notas negras y blancas. Siempre fui un inútil para la música, pero escucharla siempre fue agradable, aún en las tardes o noches en que no atinaba a terminar una pieza porque se confundía a cada rato. Un par de veces la vi somatar al pobre teclado del piano, furiosa porque no le salía una parte, o daba en la tecla equivocada.

Muchas tardes y cenas compartimos juntos. Ella se reía siempre de mis chistes y su sonrisa me calmaba, me hacía sentir bien, me hacía olvidar. Cuando habían recitales gratis en el Conservatorio, siempre íbamos. Ella siempre me dijo que le gustaba mucho que yo fuera alegre y caballeroso, que la hacía sentir bien. Teníamos, en resumen, una relación especial.

El lector o lectora se estará preguntando por qué no nos decidíamos a pasar al siguiente nivel. La lectora probablemente esté esperando que yo le cuente que me le declaré de una forma especialmente romántica. El lector probablemente querrá que le cuente que una noche ninguno de los dos pudo resistirse y tuvimos el mejor sexo del mundo. Pues no sucedió ninguna de las dos cosas, he de sentirlo. Pero déjenme contarles un poco más, tal vez y la historia al final mejore.

Ni ella ni yo éramos muy amigueros que digamos, y habiéndonos encontrado para acompañarnos en nuestra soledad, pues no buscamos a

más gente. Siempre al terminar la jornada laboral esperaba ir a encontrarme con ella y contarle de las trabas en la Torre de Tribunales, de los clientes que quieren magia en los juzgados, de los jueces que nunca terminan de fallar. Ella por su parte, cuando tenía presentaciones, me comentaba de lo lujoso que eran a veces las casas, de lo mal o bien que la trataban, o de cuando nadie escuchaba lo que ella tocaba, aún cuando estuviera en una tarde espléndida y tocara su piano como nunca.

Un año después de haberla conocido, me salió un empleo mejor. Entonces decidí trasladarme de apartamento, a uno más cercano al trabajo. También para huir un poco de ella, para que no me terminara de enamorar hasta un grado incontrolable. Ella recibió la noticia con un poco de tristeza y me dijo que me haría una cena de despedida.

La cena de despedida fue un día jueves, en una noche fresca. Ella se vistió con un vestido negro, el que usaba para eventos de gala. Me dijo que antes de comer bailaríamos un vals de Chopin, el vals del adiós. Ella sabía que era uno de mis favoritos, aunque hasta esa vez no sabía que así se llamaba, por esa costumbre de los músicos clásicos de ponerle *opus número tal en no se qué bemol número no se cuánto* en lugar de un nombre decente.

Ella puso un cd en el aparato de sonido y bailamos con un poco de dificultad, porque según ella me dijo, los vales de Chopin no son precisamente para bailar. Recuerdo bien el aroma de su perfume esa noche y esa sonrisa con la que me vio después de terminar el vals. Desde entonces cada vez que escucho ese vals viene ese aroma a mi nariz, como si ella estuviera presente.

Nos despedimos en buenos términos esa noche, yo le dije que no era una despedida porque yo siempre vendría a verla cada vez que pudiera. Ella contestó sí, pero ya no todos los días, vos parece que huyeras de mí. Me fui esa noche entre nubes y con algo de tristeza, por no atreverme a decir que la amaba.

Efectivamente fui a verla muchas veces más, pero la distancia terminó imponiéndose. Ambos hallamos a parejas más convenientes en distancia, cercanas físicamente, lejanas en el corazón. Ella misma me lo contó varias veces. Tiempo después dejamos de vernos.

Yo terminé con esa mi novia nueva en pocos meses. Y entonces fui a buscarla, pero no la encontré. Le escribí un email y me contó que estaba en una beca en Madrid y que regresaría en seis meses. Adjunto a su email de respuesta venía un nocturno de Chopin en mp3. Cuando la toco me recuerdo de vos, apuntó. Gracias por el nocturno, pero mucho tiempo le dije, yo quiero verte, iré a Madrid en cuanto pueda. Pedí permiso por un par de semanas en mi trabajo, algo que me costó, pero al fin me dieron.

Cuando llegue allá, en unas cuantas semanas, le diré que la quiero como un loco. No sé que responderá, no sé si es el tiempo adecuado o no. Yo le diré que con ella quiero estar, que el vals del adiós que bailamos lo escucho todos los días, que fui un tonto al huir. Espero que me diga que también me quiere, que toque Chopin para mí todas las tardes. Me gustaría que tanto el atento lector como la romántica lectora me desearan suerte. La voy a necesitar.

Vos no sabés nada

Adiós Nonino, qué largo sin vos será el camino.

A vos te parece sencillo, pero no lo es. Ahora venís a reclamar igualdad cuando vos fuiste el que se fue y ni para sus cumpleaños te asomabas. Estabas conquistando el mundo, según vos, y no te quedaba tiempo ni de llamar a tu papá. Está bien, vos estabas en tu derecho, ok, lo que querás, pero por eso mismo no pensaba que vendrías a mencionar lo de la plata. Sos un cabrón, y no te pego un tu vergazo sólo porque estamos en la funeraria. Vos en realidad nunca fuiste su hijo, sólo fue que tenés su apellido, porque de alguna manera te tenías que llamar.

Vos no sabés lo que sentía yo cuando en sus días de hospital quería aliviar su dolor y no podía aunque hiciera todo lo que pudiera. Vos nunca le limpiaste el culo, nunca recibiste un vómito de él. No sabés ni mierda cerote, no sabés ni mierda. No te enteraste de las veces que lo llevé con el doctor y examen tras examen y el dolor le seguía. Ni una puta llamada pudiste hacer y el pobre viejo todavía me decía que no te llamara para no molestarte.

Vos nunca te desvelaste a la par suya cuando él no aguantaba los dolores. No sé por qué en la noche es cuando se sienten peor los enfermos. Me tocaba atenderlo y hacer que comiera un poco a la fuerza, sacándome sonrisas y chistes en medio de mi amargura. Hubo noches en que lloré a la par de su cama porque el viejo se estaba yendo y no podía evitarlo. Vos no sabés nada cerote. Nada.

¿Por qué venís ahora a hablar de pisto? Vos llevás su apellido pero no sos hijo suyo, no lo sos. Vos siempre te creíste más que los demás, siempre creíste que éramos gente sin ambición, sin iniciativa, te burlabas de nosotros, te burlabas de que él siguiera con sus ideales o que yo trabajara de mesero en un restaurante.

Yo no soy nadie para juzgarte a vos, pero me encabrona que vos me vengás a preguntar que cómo quedaron los ahorros que él te había mencionado. ¿No podías esperar hasta mañana? ¿No que vos eras un ganador pues? Ni se ha terminado de enfriar el cuerpo de papá y vos ya vas como buitres tras el pisto. Me decís que la crisis mundial te jodió, pero eso fue

por tu propio gusto, por ser un codicioso y meterte a negocios que no conocés bien. Para pendejo no se estudia y vos sos la muestra de eso.

Vas a tener tu pisto no te preocupés, pero me vas a seguir escuchando la trompa porque después de aquí no quiero volver a saber de vos nunca más. Para mí te moriste vos también, y no creás que no me duele. ¿A dónde se fue ese mi hermano que de niño se dejaba meter goles para que yo ganara los partidos en el patio de la casa? Yo te he estado insultando pero me duele vos, me duele. Me duele saber que no viniste para abrazarme fuerte y llorar conmigo, porque lo primero que te sale de la trompa es el dinero.

Si querés aquí mismo te doy el cheque con tu mitad. Yo hice mi pisto, sabelo, sin pretender ser la gran mierda como vos. Me pela que nos esté escuchando tu hijo, mejor que sepa que clase de papá tiene, así tal vez se aleja de vos por su propio bien. Hasta parece que te alegraras de que papá se haya ido, para así echarle mano a sus ahorros.

¿Sabés que contestaba él cuando le preguntaban por vos? Sonreía y decía que te habías ido a los "Estados" y que allá trabajabas de ingeniero, que te había ido bien, que tenías dos nenes hermosos y que siempre llamabas. Aunque casi nunca lo hiciste. El era el que llamaba y apenas si tenías tiempo para contestarle, siempre andabas dizque trabajando. Cuando llamabas él era todo alegría y si necesitabas algo de plata, allá iba, sin preguntas, sin condiciones. Vaya si él no era padre incondicional para querer a una mierda como sos vos.

No sé de dónde te salió lo caquero, no sé si fue tu mujer o si siempre fuiste así. Siempre te interesó más impresionar a la gente, aparentar aunque no fueras nada. Y así fue como te conseguiste esos tus amigos que te embaucaron y se fueron con todo tu pisto. Para mulas, vos. Ah, es que eran gente fina, cómo se va a imaginar uno. Si pues, a la gente se le mide por sus acciones, y no porque se vistan a la moda y usen buenos perfumes y anden en buenos carros. Pero en tu mundo lo que importa es la apariencia y por eso te va como te va.

La última noche fue terrible, llovía fuertísimo. Yo salí tres veces a la farmacia a comprar medicina para inyectarle y calmarle el dolor pero no se le calmaba, no se aliviaba, no estaba tranquilo. No aguantaba el oxígeno, pero no podía estar sin él. A cada rato quería que le cambiara de posición la cama. Escupió sangre como cinco veces. Yo todavía le dije al

iniciar la noche, en broma, que iba a ser su enfermero oficial, que si tenía alguna queja podía hablar con gerencia. Él sonrió y fue la última vez que lo vi sonreír. Vos no sabés nada, ni mierda sabés.

No sé si de veras sentís algún tipo de dolor. Sólo aprendiste a quererte a vos mismo, a ser el centro de todo. Y el viejo todavía orgulloso de vos disculpándote cuando hacías una mulada. No sé cómo alguien tan grande como él pudo tener a un hijueputa como vos. A vos no te va a hacer falta el viejo porque nunca fuiste su hijo. No podés lamentar su ausencia porque nunca lo tuviste presente.

Yo sí voy a sentir su ausencia, y mucho. Me hará falta que me llame y me diga Josesito, traéme una mi hamburguesa. Me va a hacer falta que encienda las luces cuando llegue con el carro, que me tenga paciencia y me sonría cuando me enoja. Porque era un viejo de ahuevo, era un gran tipo mi viejo, como dice la canción. Vos no entendés nada de este dolor, vos estás hecho de plástico. Vos no sabés nada, tomá este cheque en blanco y ponele la cantidad que querás. Vos quedáte con el pisto, pero dejáme enterrar a mi viejo en paz, por favor andáte y no volvá más.

El corredor

Cinco de la madrugada de viernes, aún a oscuras la ciudad empieza su carrera en contra del tiempo. César ya está trotando por las calles cercadas de su colonia, con su reproductor mp3 en el brazo y los audífonos colocados a todo volumen. El ruido vehicular comienza a entrar por las ventanas a las casas. *I gotta feeling, that tonight's gonna be a good night*, vibra en sus oídos y le ayuda a tener un buen ritmo de trote. Luego de algunos minutos comienza a correr más rápido. Piensa satisfecho en que tendrá todo el día ocupado, en la mañana y tarde con el trabajo, luego la universidad y luego la disco con la flaca. No habrá tiempo de pensar.

Después de media hora de correr sin descanso, César regresa a casa, se baña, se arregla, medio desayuna y sale disparado para el trabajo, hay cosas urgentes que entregar. Se recuerda de Amanda por un fugaz momento, pero luego piensa feliz que al menos hoy no tendrá tiempo de recordarla. Desde hace un mes que rellena cada rincón de tiempo que tiene para no pensarla, para no sufrirla. *I gotta feeling* dicen de nuevo los Black Eyed Peas en el radio del carro, mientras César lleva el ritmo golpeando suave el timón con sus manos.

Al llegar a la oficina su jefe le recuerda que debe entregar el informe y hacer los pagos de la quincena a más tardar a las tres de la tarde, todo urge, todo debe ser rápido y sin errores. Bueno, a echar punta. Nóminas, impuestos, cartas para empleados, todo sucede de prisa durante el día, sin pausa, sin descanso. Pero el eficiente César lo tiene todo listo a las dos treinta de la tarde. Revisa su correo electrónico y ve el mensaje que le avisa de la carrera del domingo, 21 kilómetros, va a estar buena. Luego sale apresurado para entregar documentos a otras empresas y regresa a la oficina justo a tiempo para salir. La universidad lo espera en medio de su locura sobrepoblacional de la hora de ingreso.

That tonight's gonna be a good night vuelven a sonar los Peas en el carro que vuela para llegar a terminar la tarea de matemáticas que no le dio tiempo de terminar anoche. En el camino a la universidad entran tres llamadas, primero su hermana, que le pregunta molesta en dónde dejó la laptop, luego su mamá que sólo llamaba para contarle de una reunión de familia el domingo y por último su jefe, que le pregunta en dónde dejó los cheques para firmar. Ingresa un mensaje de texto de la flaca diciendo *estamos fijos para disco, va?*, César contesta *simón vos, fijos*. Al voltear al

carro que tiene a la par en la cola, una muchacha casi igual a Amanda parece ir al volante, pero no, no es ella.

Como es viernes y pago de quincena el tráfico se pone imposible y lo detiene a un par de kilómetros de la universidad, en donde pasa una media hora de cola para al fin ingresar a las instalaciones y correr a terminar la tarea de matemáticas con la flaca. Después de terminar la tarea en la biblioteca, suben corriendo al cuarto nivel para entrar a la clase de matemáticas en donde tienen que entregar la tarea. Luego irán a recibir otras tres materias y se acabó la semana y a la disco.

Para aprovechar el tiempo César y la flaca se salen antes de que termine la última clase, se cambian de ropa y van lo más rápido que les deja el tráfico para la disco, antes de que se llene, y en el camino se encuentran con el Fabio y la chata que les dicen que deben apurarse para entrar que la disco ya está llena, parece. Una vez en la pista de la disco las dos parejas disfrutan la música y bailan y bailan. La pista está llena de jóvenes y no tan jóvenes que aprovechan el flujo de efectivo quincenal para matarlo en la disco y los que tengan suerte, en el afterparty.

Tonight's the night night
Let's live it up
I got my money
Let's spend it up

Por un momento una muchacha que baila a algunos metros de distancia le recuerda a Amanda. Su pelo, su forma de bailar, su energía, todo es igual. Pero al observarla despacio, no es, la muchacha le sonrío al verlo cómo la ve. El sonrío de vuelta. Se vuelve a abrazar con la flaca, que está prometedoramente cariñosa. Descansan un par de veces para tomar algo en la barra.

Fill up my cup (Drink)
Mazel tov (l'chaim)
Look at her dancing (Move it Move it)
Just take it off

Bailan ellos para olvidar, para sólo pensar en el aquí y el ahora y no en inciertos futuros y no tan buenos pasados. Y así en esos pensamientos, en un dos por tres se acaba la disco, ya es la una de la mañana y la odiosa

ley seca los saca a todos de la pista. En la calle todo mundo saca su celular para localizarse, para contestar algún mensaje de texto, algunos sólo lo sacan para mirar la hora. A César no le importa ver su celular, no hay quién me llame, piensa.

Salen las dos parejas juntas hacia el parqueo y se despiden prometiendo volver a juntarse otra vez para bailar, estuvo alegre. Fabio y la chata andan bien acaramelados y seguro que no van directo a su casa. César ya en el carro le da un par de besos a la flaca y le sugiere no ir directamente a su casa sino hacer una parada en el camino. Ella sonrío y le dice hoy no, tengo mi regla. César se molesta, pero logra disimular y la deja en su casa sin protestar.

César regresa a la casa cansado, pero con poco sueño. Enciende de nuevo el celular para avisarle a la flaca con un mensaje de texto que llegó sin novedad. Y ahí aparece Amanda, que envió un mensaje de texto diciendo que lo extraña. Todo el día huyendo de ella y justo al final vuelve para decirle lo mismo que todos los viernes en la noche, que lo extraña. Pero esta vez César ya no responderá ni la llamará al día siguiente, porque será lo mismo de las otras veces, ella sólo quería decir que lo extrañaba, nada más. Que ella está bien con su novio, que se van a casar. Tal vez sea hora de cambiar de número.

Lentamente, al compás de la música suave que puso en su equipo de sonido, César empieza a sentir sueño. Mañana será otro día, habrá que salir a entrenar para la carrera del domingo. Cuando se corre lo suficiente se queda uno tan agotado que ya no puede pensar. También con la bailada pasa. La carrera del domingo es dura, habrá que estar concentrado para terminarla bien. Qué cansancio, qué sueño, esa chava de la disco cómo se parecía a la Amanda, saber qué onda, pero se parecía mucho. Quién sabe qué clavos tenga que me manda mensajes así, pero ya no le voy a contestar, ya mejor tranquilo. Tal vez y me sale rollo con la flaca, de plano me la está haciendo cansada para emocionarme más. Pero qué bueno que hay carrera el domingo, así tengo mi fin de semana ocupado y no pienso tanto en eso. Tal vez sería bueno ir a la iglesia por la tarde. Tal vez ir al cine, tal vez...

El inconforme

Un día de lluvia Gabriel mira desde el segundo piso, por la ventana de su dormitorio, hacia la calle. Un par de muchachas pasan presurosas mientras se tapan la cabeza con sus bolsas y ríen, un perro soporta estoicamente la lluvia y un carro salpica la puerta de enfrente al pasar por un charco. Enfermo de gripe, Gabriel no fue al trabajo y está solo en casa. Alicia, su mujer, salió muy temprano con los niños y no volverá con ellos sino hasta el final de la tarde. Antes de asomarse a la ventana y ver llover, Gabriel sintonizó la tele, la radio, intentó leer el periódico y un libro, pero nada le logró quitar la angustia que siente, esa sensación de no estar viviendo la vida que quisiera vivir.

Gabriel, un treintañero trabajador y buena gente, tiene serias dudas de si su vida es realmente lo que él quiere y no lo que quieren los demás que sea. Por fuera todo parece muy bueno: una buena mujer, dos hijos hermosos y un buen empleo. Los amigos y familia que lo conocen admiran sus logros y no pocos envidian la felicidad que aparenta junto a su mujer. Pero a él le siguen asaltando las dudas siempre, sobre si las decisiones que tomó realmente eran las correctas, si de haber seguido otro camino sería realmente feliz.

Vuelven, cuando tiene esos episodios de depresión, dos eventos que marcaron su vida. El primero fue cuando a pesar de querer con locura a su novia de la universidad, decidió dejarla e ir a estudiar a Japón. No creyó en el amor de lejos, y haciéndose el fuerte, le anunció que la dejaba una tarde de agosto, en un restaurante McDonald's, cuando afuera había una terrible tempestad. Ella lloró mucho, y le dijo algo que nunca se le olvidará: "si vos quisieras, siempre habría una manera de que resultara".

Al regresar del Japón, la vino a encontrar casada y aparentemente, feliz. El se había ido con la idea de que era todavía muy joven y conseguiría de nuevo a alguien que realmente lo volviera loco. Pero nunca había sido enamorado, y confirmó que amar con locura y ser correspondido sucede muy pocas veces en la vida, y con frecuencia, sólo una vez.

Cada vez que regresaba de los paseos dominicales, al llegar a la casa, tenía una pequeña depresión. Y cuando se quedaba solo, así como ahora por la gripe, la depresión lo visitaba. A veces era angustia, angustia de haberse metido a vivir una vida que no era lo que realmente quería, de

haber hecho todo racionalmente, casarse con una mujer tranquila, pero sin gracia, tener un buen empleo estable, pero rutinario. A veces la depresión se atenuaba con películas del cable, con resúmenes deportivos o noticieros, con chats con desconocidos en otros países. Otras veces, le ayudaba tomar algunos whiskys.

El segundo evento fue cuando decidió dejar la música. De adolescente había sido violinista en una orquesta juvenil. Sus profesores decían que tenía talento. Ensayaba muy duro todos los días y disfrutaba como nadie los días en que tenía concierto. Ah, esos años, esas visitas al interior del país y a otros países, las aventuras que se vivían, sonrío al recordar. Por momentos, durante sus depresiones, le entraba la angustia de saber que esos años nunca volverán. Cuando entró a la universidad, su papá le dio a escoger: la carrera o la música, pero no las dos. Con dolor decidió lo que le daría un buen futuro, economía. Era bueno en matemáticas y gracias a las conexiones de su papá y sus estudios en Japón, había conseguido un puesto muy importante en una transnacional. Lo que parecía indicar que había escogido bien.

Otras veces estaba contento, se alegraba de sus logros y pensaba que su mujer no era la octava maravilla, pero era buena. Que muchos quisieran tener la soltura económica que él tenía. Pero siempre el demonio de la inconformidad lo atrapaba y lo terminaba por amargar.

De las amistades de adolescente había conservado la de Andrés, violinista de la Sinfónica Nacional y hombre de buena charla y gran humor. Llegaba a su casa de visita con su mujer y pasaban grandes momentos. Andrés se ganaba la vida de músico y siempre dijo que había sido su mejor elección, que no se miraba haciendo nada más. Cuando su amigo cruzaba la puerta, Gabriel se sentía mal, nunca había pensado que realmente se pudiera vivir de lo que más le gustara hacer.

Cualquier decepción pequeña o grande desembocaba para Gabriel en uno de estos dos pensamientos. Había intentado encontrar la locura con un par de amantes, pero sólo hacían que se sintiera más solo, inútilmente había buscado una mujer que lo rescatara del tedio y la inconformidad. No existía tal mujer.

Cuando estaba con sus hijos, cuando iba a pasear con ellos y reían, cuando hacían las tareas juntos, los pensamientos negativos parecían desvanecerse y se asomaba algo parecido a la felicidad. Pero cuando los

niños dormían o estaban en el colegio, no había con quien jugar, con quien entretenerse para no pensar en las cosas que lo amargaban.

Muchas veces había decidido que tenía que ser feliz con lo que tenía, que no era poco, si bien se miraba. Que debía dejar atrás el pasado y concentrarse en vivir el presente y programar el futuro, que no había por qué tener dudas. Sus elecciones estaban hechas, quién sabe si hubiera sido peor de otra forma, si aunque hubiera elegido con el corazón igual su vida sería aburrida.

Dándole vueltas a estos y a muchos otros pensamientos, después del almuerzo se duerme, acurrucado por lluvia de septiembre. La gripe parece ir cediendo. Se despierta de mejor ánimo y escucha llegar a su familia aún en la cama. Su hijo menor le trae una tarjeta hecha por él a mano, que le desea que se ponga mejor, su mujer le trajo antigripales y su mamá llamó para saber cómo había seguido. Durante la cena aparecen las risas y el buen ambiente, cesa la lluvia y queda fresca la noche. Los niños se van a acostar. Y como muchas otras veces, al verse querido y apreciado, volvió a proponerse ser feliz, enamorarse al fin de su trabajo y de su mujer y olvidarse de decisiones que no se tomaron, de riesgos que no se quisieron correr.

La luna de miel

Cuando nos casamos con Raquel hicimos que nuestra luna de miel durara un año. Ahorramos todo lo que pudimos, renunciemos a nuestros trabajos y decidimos darle la vuelta al mundo. Hicimos nuestras previsiones y el dinero nos dio para pasar el año sin apuros. Fuimos a varios países en Europa y Sudamérica, vimos muchos atardeceres y amaneceres en distintos lugares. Una luna de miel de doce meses. Hay muchas historias que contar de esos viajes, pero si hay una que fue bizarra fue la que pasó en Buenos Aires.

—*¿Te acordás de cuando fuimos malabaristas y payasos de semáforos en Bogotá? Eramos malos para eso.*

—*Como para que no me acuerde Gustavo, pero no nos fue tan mal. Todo por culpa de tu hermano que no nos mandó el dinero a tiempo. Pero no nos morimos de hambre, viste.*

Los primeros tres meses fueron de Europa, y cuando regresamos, nos quedamos aca en Guatemala un mes para descansar, y luego al siguiente nos fuimos a Sudamérica. Primera parada, Buenos Aires. Allá nos recibieron unos conocidos en el aeropuerto y estuvimos en su casa una semana, a petición de ellos mismos.

Andrea y Marcelo Morello era un matrimonio de nuestra edad, así que nos llevamos bien desde el principio. Vivían en Olivos, Buenos Aires, en un apartamento amplio, con buena vista. No me acuerdo bien qué negocio tenían, pero por lo que se veía, era muy rentable. Fueron muy amables con nosotros, pero tenían una relación de amor-odio entre ellos. Ese tipo de relaciones en que se agreden verbalmente y aún así siguen juntos, y hasta felices.

—*¿A vos te gustaba el Marcelo?*

—*Pues mal no estaba.*

—*Desgraciada.*

Los Morello tenían unos vecinos raros. Dos tipos y una mujer, que no se bañaban, pero saludaban cortésmente, aunque con ademanes tan

exagerados que te hacían sentir miedo. Se levantaban temprano para ir a comprar las cosas del desayuno, luego volvían a salir a la hora del almuerzo, siempre juntos, y después ya no salían del apartamento. Parecían ser de la misma edad, unos 35 años. Su aspecto era sano, aunque tenían la mirada perdida, salvo cuando te saludaban.

Nos contaron nuestros anfitriones que ellos eran hermanos, y que habían heredado una gran fortuna, así que nada les faltaría. Sin embargo, nunca salían del apartamento a no ser para comprar abarrotes. No tenían televisión, pero sí una importante colección de libros y discos. Les gustaba el jazz.

—La vez que no soporté fue cuando aquella mulata cubana se te insinuaba en mi cara y vos le seguías la corriente.

—No le seguía la corriente, exagerada sos.

—Ahora te hacés el loco.

—Vos te pusiste bien celosa, qué caritas las que me hacías. Ja.

Al segundo día de estar en Olivos con los Morello, los vecinos raros se enteraron que éramos de Guatemala. Mostraron interés en nosotros, lo que nos hacía sentir incómodos. En los pasillos y el elevador nos hacían toda clase de preguntas y nos contaron que el único país al que habían viajado alguna vez era a Guatemala. Nosotros intentábamos sacudirnoslos de encima con monosílabos, pero era inútil. Ellos estaban obsesionados con Guatemala.

Nos invitaron a almorzar un día. Fue tanta la afectación que mostraron al invitarnos que nos vimos forzados a aceptar. Fuimos entonces Raquel y yo al almuerzo y entramos a la casa más rara que he visitado en mi vida. Todos los muebles empolvados, goteras arregladas con un sistema de embudo y manguera que iba a dar a un desagüe en el baño y una rata circulando libremente por ahí. Lo único que estaba limpio era la cocina. Cuando entramos torpemente sacudieron un poco el polvo de las sillas. Nos atendieron con esa simpatía exagerada que te amenaza en lugar de hacerte sentir bien.

—¿Te acordás de la vez que te llamé y te dije que estaba con unos amigos en el mirador camino a La Antigua? Te dejaste venir en bus aunque no sabías cómo chingados llegar. Llovía. Cuando al fin llegaste yo ya no estaba y te empapaste. No quisiste llamarme por orgullosa, preferiste que te fuera a recoger el Christian, ese tu enamorado loco que te pidió que no te casaras y que te dio serenata el día anterior a la boda.

—...

El almuerzo era un asado que era obvio que no habían preparado ellos. No estaba mal. Durante la comida entonces supimos que ellos querían volver a Guatemala y visitar Tikal. Según estos hermanos, el alma de sus padres estaba encerrada en el templo del Gran Jaguar. ¿Por qué? Quién sabe, a ellos se les había metido la idea y de ahí no había ser viviente que los pudiera sacar. Nos miraban abriendo bien los ojos, a ratos tenían su respiración acelerada. Creo que veían en nosotros alguna especie de ángeles que los conectarían con las almas de sus padres muertos en un terrible accidente, en Petén, hacía ya 20 años.

En la sala estaban en la pared varios retratos de los padres de estos tres hermanos locos. No sé si fue por la tensión en que estábamos, pero esos señores nos parecieron más bien gente lúgubre. De los tres hermanos, la mujer tenía un tic en el ojo derecho, que le temblaba cada vez que parpadeaba. No nos habíamos fijado al principio.

—Es increíble que estemos aquí esperando a que comience la audiencia de nuestro divorcio, Raquel.

Las cosas se empezaron a poner tensas cuando el mayor nos dijo que los teníamos que traer a Guatemala, que esa debía ser nuestra misión, que por algo nos habíamos encontrado. Les dijimos que no regresaríamos en el corto plazo a Guatemala, porque estábamos de paseo en Sudamérica y Argentina era apenas el primer país que visitábamos. Ellos entonces cambiaron su amenazante amabilidad por insultos y gritos.

El menor fue hacia el interior de la casa y volvió con una escopeta, mientras la mujer sujetaba a Raquel y el otro hermano me tomaba el cuello con su brazo derecho a mis espaldas. Estábamos atrapados. Raquel entonces ofreció cambiar todos nuestros planes para hacer lo que ellos querían, pero tendríamos que ir a la oficina de la aerolínea a cambiar boletos y a comprar los de ellos. Pero como ellos no tenían costumbre de

salir de casa, era mejor que lo hiciéramos nosotros. Necesitábamos eso sí, dinero para hacerlo.

—*Fuimos a un montón de lugares, pero la tarde que yo más recuerdo fue aquella primera vez en La Antigua, cuando llovizó y vos andabas contenta y entramos a aquella galería de arte. Yo te dije ese día que vos mandabas a dónde íbamos. Yo sólo escucho y obedezco y pago, por supuesto, ofrecí. Y entonces me abrazaste apretado.*

—*Sí, estuvo bien. Pero ya pasó.*

La gente cuando le dicen lo que quiere escuchar suele caer. Y afortunadamente para nosotros así sucedió. Los locos accedieron y sacaron de un cofre viejo lleno de dinero algunos buenos dólares para hacerles el trámite. Salimos de allí y nunca volvimos, por supuesto. Esos dólares nos sirvieron para continuar el viaje. Apenas nos despedimos de los Morello, sólo entramos por las cosas al apartamento y fuimos directo al aeropuerto, rumbo a Perú. Después le pedimos a Marcelo por teléfono que si preguntaban por nosotros, dijera habíamos muerto al estrellarse nuestro taxi con un camión en la carretera. Había habido por casualidad un accidente el día de nuestra partida en el cual había muerto una pareja no identificada. Un recorte de la noticia convenció a los tres hermanos locos.

—*Cuando entremos con el juez digámosle que ya no nos divorciaremos.*

—*Estás loco.*

—*Por eso se llama conciliatoria la audiencia. Para reconciliarse uno.*

—*No es audiencia conciliatoria, es de avenencia. Y después de lo que me hiciste no quiero volver con vos.*

—*Como sea, el sexo de reconciliación es bueno, dicen.*

—...

—*Bueno, entonces divorciémonos y volvámonos a casar. Así tendríamos otra luna de miel de un año y la pasaríamos genial.*

—*Ya es tarde Gustavo, yo te quise de veras, pero ya pasó. Entremos, firmemos y ya está. No insistás, ya no te quiero.*

Un quetzal

A punto de oscurecer, sobre la calle que queda enfrente de la estación de buses, una muchacha vestida con un gabán negro, drogada y despeinada, pide un quetzal a todo el que pase cerca de ella. Algunos le dan el quetzal, otros caminan más rápido al pasar cerca de ella o simplemente se hacen a un lado. Ella camina con la mirada perdida, sin convicción. Sólo quiere conseguir unos cuantos quetzales para comer y comprar más pegamento.

Un pasajero del bus que acaba de llegar le da un quetzal y se aleja rápidamente. Uno de los taxistas de la estación se acerca y la abraza lujuriosamente.

—Hola negrita, ¿cómo estás?

—Bien Jorgito, pero dame un quetzal pues.

El taxista le da un beso en el cuello y al soltarla se sonríe. Luego llega otro taxista y también la abraza. Este es un poco más delicado y la abraza cariñosamente.

—Negris, ¿cómo estás mi amor?

—Bien Raúl, regaláme un quetzal porfa.

Raúl se mete las manos al bolsillo y saca un billete de a cinco y se lo entrega. La muchacha le sonríe coqueta.

—¿Vas a querer cariñito mi vida?

—Más tardecito negris, ahorita voy a hacer una carrera.

Se acercan dos taxistas más. También abrazan lascivamente a la muchacha. Ella decide salirse de en medio del grupo de los taxistas y se acerca a un carro mientras un par de hombres mete en el baúl su equipaje. Les pide un quetzal.

Molesto por su presencia, uno de ellos le dice que deje de molestar.

—Pero si yo sólo estoy pidiendo un quetzal.

La muchacha con una mirada triste mira a quien le dijo que dejara de molestar, él está ocupado metiendo sus maletas y pasa a la par de ella sin voltearla a ver. El carro arranca y se van los dos hombres.

Llegan dos buses cargados de pasajeros y los taxistas se mueven rápidamente para ofrecer sus servicios. Los taxistas saben por las miradas quiénes vienen de pasear y los ayudan con las maletas para ir ganando terreno y conseguir la carrera. Dos taxistas consiguen clientes.

La muchacha del gabán pide un quetzal a cada pasajero que baja del bus, pero antes de que alguien le de algo, uno de los de la empresa de buses la toma del brazo y le pide que se vaya. Finalmente todos los pasajeros del bus han salido y la mayoría ha tomado el camino a su casa. Algunos se quedan en la estación esperando que llegue alguien por ellos. La muchacha se acerca con los dos taxistas que no consiguieron carrera.

—Dame un quetzal pues —le dice a uno de ellos.

El taxista la abraza y la besa en la mejilla.

—Tas buena vos negrita.

Ella trata de zafarse, tiene hambre y quiere comprar algo bueno de comer. Él no la suelta.

—Pero dame el quetzal pues —insiste la muchacha—. Me extraña, de todos modos ustedes igual me cogen.

La cita

Gloria está enamorada. Gilberto es un hombre muy agradable, inteligente, diez años mayor que ella y en buena posición económica. Un buen partido. No es muy alto ni muy atractivo, pero lo compensa con su buena disposición romántica. El marido de Gloria no sabe nada. Ella todas las tardes se conecta por horas al chat para hablar con Gilberto. Aún no se conocen en persona, a pesar de la insistencia de él. Pero todo le dice a Gloria que él es el indicado para vivir ese sueño romántico que con su marido no tiene ni tendrá.

Gloria lleva 10 años de matrimonio con Juan José, con quien se casó para no estar sola. Ella tenía 27 cuando lo conoció y pensó que ya no vendría nadie más. Juan José era amable, caballero, con un buen empleo. No la hacía suspirar ni soñar, pero parecía buen hombre. Aceptó la propuesta de matrimonio sin demasiado entusiasmo. Quizás con el tiempo aparecería el amor, pensó al principio. Nunca se asomó el amor, de tenerse un cariño amistoso no han pasado.

No tuvieron hijos porque ella es estéril. Si tan sólo hubieran podido tener uno, pensaba muchas veces, sus noches no serían tan largas y sus desvelos tendrían motivo real. Por esta y por otras razones, el mismo Juan José se había alejado de ella, dormían en cuartos separados. Gloria le descubrió una amante, pero en realidad se alegró por él, aunque lo envidió un poco. Muchas veces sin motivo aparente, ella lloraba en la cocina o en la sala, mientras escuchaba música romántica.

Gloria lleva un año sin tener trabajo. Ha enviado su hoja de vida a muchas empresas, pero no ha salido ningún empleo real. Cuando quedó sin empleo, se convirtió en una vagabunda de internet, saltando de enlace en enlace, aburriéndose cada vez más. No había usado mucho el chat hasta ahora, y si no fuera por su sobrina que se fue becada a México, no habría abierto su perfil de facebook y no hubiera puesto su foto y no hubiera conocido a Gilberto.

Todavía recuerda cuando una tarde, como a las tres, miró una solicitud de amistad de un tal Gilberto, vio su foto, le pareció simpático y aceptó la solicitud. Gilberto siempre dejaba enlaces con videos musicales que a ella le gustaban y empezó a comentar en su perfil. Gilberto

después le pidió su dirección de messenger y ahí empezó todo. Gloria sonríe al recordarlo.

Gilberto está separado de su mujer. Ha viajado y conocido gente, y le dice a ella que siente que ella es especial y diferente, que le gustaría conocerla. Llevan así tres meses, pero ella no quiere arriesgarse todavía. Además del chat, él la llama por teléfono, le pregunta cómo está, cómo le fue en la última entrevista de trabajo, cómo siguió de su catarro. La anima, le desea suerte, la hace sentirse importante y querida.

Gloria en realidad no tiene demasiada necesidad de trabajar. De su padre heredó una buena cantidad de dinero que genera todos los meses una buena cantidad en intereses. Pero estar desocupada no le gusta. Nunca le interesó el arte o la ciencia, nunca tuvo un grupo de amigas con quienes practicar el chisme. Toda la gente en realidad terminaba por aburrirla. Intentó ir con un sicólogo, pero éste quiso seducirla.

Gilberto, por otra parte, ha tenido las palabras precisas y la actitud necesaria. Ella se siente enamorada, siente que por fin experimentará qué es el amor verdadero. Aún no se ha atrevido a conocerlo, pero siente que ya es tiempo. Todavía tiene un buen cuerpo y la elegancia que le dejaron las clases de ballet en la niñez y adolescencia. Quizá Gilberto es el último tren en camino a la felicidad.

Una tarde aparece Gilberto en el chat y le dice que hoy es el día. Deben conocerse. Le dice que si no es así, que mejor se olviden uno del otro, que no vale la pena seguir así, sin conocerse, sin verse cara a cara. La cita en un centro comercial, a las cinco en punto. Es ahora o nunca, si hay algo real entre los dos, hoy se sabrá, mañana será demasiado tarde. Debe ser hoy.

Ante el ultimátum de Gilberto, Gloria no tiene más remedio que asistir a la cita. La conversación la emocionó, hasta la hizo sonreír. Por momentos su corazón se aceleró y sintió otra vez la alegría adolescente del enamoramiento. Se pone bonita y ensaya su mejor sonrisa al espejo. Conocerá a su enamorado del chat, habrán chispas de amor por todos lados y se sentirá caminando en las nubes.

Ella llega puntual a la cita. Gilberto no ha llegado. No le gusta eso, ella será la que espera. ¿Y si la deja plantada? Será la ridícula enamorada del

tipo del chat. Qué patético. Pero bueno, aún no ha pasado mucho tiempo, no hay que pensar en fatalidades que no han pasado. Mejor respirar profundo y esperar un tiempo prudencial, no hay que ser tan exigentes.

Quince minutos después de la hora pactada aparece por fin Gilberto. Viste un elegante traje y unas relucientes mocasinas. No se mira mal. Al saludarlo ella no atina a decir palabra y Gilberto sonrío. Un torpe beso en la mejilla empieza la cita de la tarde. El se disculpa, tuvo que hacer un trámite de trabajo a última hora y por eso no estuvo puntual. Ella se lo perdona y ya con más confianza le toma el brazo y caminan juntos a la cafetería del comercial.

Durante la plática, al calor de un café expreso, Gloria nota que Gilberto tiene un tic en la ceja izquierda. Esta se levanta cada dos o tres minutos, a veces con un espasmo repetitivo que dura unos cuantos segundos. Gilberto es muy amable con ella, pero trata mal al mesero, con cierto desprecio propio de la clase social alta, prepotente e inculta. Ella empieza a sentirse incómoda.

El le dice que recién viene de tratar con un cliente que invertirá 200.000 dólares en un proyecto inmobiliario nuevo, del que está a cargo. En su empresa aceptan inversiones de 100.000 dólares para arriba, pero si ella está interesada, por la amistad y confianza que le tiene, podría ver si se puede entrar con menos. Es una buena oportunidad, el proyecto es magnífico, y seguro generará buenas ganancias a los inversores. Es de aprovechar.

A Gloria le parece vulgar la manera en que Gilberto habla de negocios y de dinero. Recuerda ahora que le mencionó la herencia de sus padres y que él nunca había hablado de dinero en sus conversaciones de chat y celular. El tic en la ceja izquierda la empieza a desesperar. Toda la ilusión de conocer a alguien genial se desvanece y ella comienza a buscar alguna excusa para irse temprano. Gilberto después de un tiempo de plática se levanta para ir al baño y Gloria aprovecha para pagar la cuenta e irse.

En el camino de regreso a casa Gloria se pregunta cómo puede haber caído de tonta, cómo pudo haber contado toda su vida a un extraño y creerse enamorada. Recuerda las frases cariñosas, las palabras de aliento, los chistes y ocurrencias. Todo parecía tan real. ¿Y si el tipo realmente tenía esas inversiones? Pero ese tic, ese molesto tic de la ceja izquierda, y

esa rudeza con el mesero. Ese tic que no se le olvida. Es como si el tipo del chat fuera diferente al de la cita. A mitad del camino a casa Gloria comienza a llorar mientras en la calle llueve en pleno noviembre. Al llegar a casa, busca la botella de vino y bebe un vaso tras otro hasta acabársela.

En la juguetería

Pablito acaba de cumplir seis años y su papá prometió comprarle un Transformer. Hoy es el día y juntos van a la juguetería a ver qué pueden encontrar a buen precio. Cuando Pablito entra a la tienda, sus grandes ojos negros buscan los estantes en donde están los Transformers. Pablito sonríe, sabe que no le comprarán el autobot más caro, pero verlo en la tienda es gratis. Empieza a imaginar cómo será en la noche, cuando los juguetes cobran vida.

Se imagina a Optimus Prime comandando a los autobots en una guerra en contra de los Decepticons. Los GI Joe, que están a la par, no se quedarán afuera y también defenderán a la Tierra. Los dinosaurios al escuchar el ruido se acercarán y Optimus y sus amigos los tendrán que defender de los Decepticons. Megatron, el líder de los Decepticons, quiere destruirlo todo, pero los autobots lucharán para mantener la paz de los demás juguetes.

Los más tontos son los peluches y las muñecas de Hannah Montana porque no le atinan a nada. Se esconden detrás de los estantes y mueren del miedo. La guerra poco a poco se pone más emocionante, disparos y luchas, todos los Transformers cambiando a autos y aviones. A Bumblebee le pegan un disparo y cae, pero viene el autobot de ambulancia y lo cura. Los Decepticons amenazan con tomar toda la juguetería, después el comercial, y después el mundo.

—Pablito, vení pues, vamos a ver el juguete de tu hermana Dani —dice el papá, al ver a Pablito callado e inmóvil frente a los estantes con los Transformers.

—No papi, yo me quedo aquí, andá vos y después venís por mí. Quiero ver todos los Transformers.

Cuando su papá deja el corredor, empieza de nuevo la guerra en contra de los Decepticons. Starscream ha herido a varios autobots y al tiranosaurio rex. Es una lástima que Starscream sea un Decepticon, porque es un robot bien chilero. Ironhide es el que se encarga de sacar de combate a Starscream, pero no por mucho tiempo, porque pronto será reparado.

Mientras tanto, en el estante de las barbies, todo es un relajo con griterío. Las muñecas no pueden creer lo que pasa y discuten entre ellas sobre qué van a hacer si los decepticos toman la juguetería. Uno de los Ken les dice que seguro ganarán los autobots, que siempre ganan los buenos. Las barbies lo abrazan para sentirse protegidas.

Optimus Prime les dice a los autobots que deben respetar a las instalaciones y creaciones de los humanos, que a los peluches no deben herirlos aunque se pongan del lado de los decepticos, porque seguro lo hacen por miedo. Uno de los GI Joe propone a los autobots que le tiendan una emboscada a Megatron. Para eso necesitan que un minibot con explosivos llegue hasta el cuartel decepticon y vuele todo y se deshaga de esos robots malignos.

Los decepticons en su invasión han logrado tomar los estantes con los muñecos de bebé y el área de las barbies. Están a punto de tomar también el área de los legos y los juegos de mesa. Pronto tendrán también bajo su dominio el área de deportes y los carritos. Avanzan rápidamente en su conquista.

Sentado en la orilla del estante Optimus planea el ataque definitivo. Está de acuerdo con el muñeco de GI Joe en que deben mandar a un minibot con los explosivos, pero también deben recuperar el control de los estantes que han tomado los decepticons. Para ello se envía a Ironhide, Bumblebee y Ratchet, que junto a los soldaditos de plástico recuperarán el control de los estantes de las barbies y los legos, en primer lugar.

—Bueno Pablito, y al fin ¿qué transformer te vas a llevar? —pregunta el papá al regresar de escoger el juguete de la Dani.

—Bumblebee papa. Ese quiero —responde Pablito, contento.

—Miremos uno barato. Este no, muy caro.

—Pero ése si se transforma papa, comprámelo.

—No, debe haber otro que se transforme y sea más barato. No tengo mucho dinero.

Mientras papá sigue mirando los precios, Pablito se imagina la escena final. El minibot llegará hasta el cuartel de los decepticons con la carga de dinamita que le pusieron los GI Joe y estallará y volará todo en mil pedazos. Ratchet distraerá a los centinelas de los decepticons. Mientras tanto, ya con el control de los estantes de las barbies y los legos, Ironhide y Bumblebee cubrirán terreno para que no escapen los autobots.

Pero sin que nadie lo pueda prever, el minibot es interceptado por un decepticon. Optimus al enterarse ordena que todos los autobots ataquen el cuartel general de los decepticons, es hora de ganar la guerra. Después de varios minutos, y una fuerte lucha contra Megatron, Optimus Prime sale triunfante. Todos los juguetes celebran y se arma una gran fiesta. Pablito aplaude contento.

—Bueno, ¿y vos por qué aplaudís?

—Por nada papi, sólo porque me vas a comprar mi Bumblebee.

Papá toma de la mano a Pablito y se alejan del estante. Pablito voltea a ver desde la caja de la tienda y le parece ver que Optimus Prime se mueve.

Del mismo autor

La máquina de la nostalgia (2007)

Mariano Varsavsky es un científico que intenta construir una máquina para viajar en el tiempo. Decepcionado por los malos resultados, inventa entonces una máquina para librarse de la nostalgia. Este ebook contiene relatos y textos breves publicados en el período 2004-2006 en el sitio web del autor, www.anecdotalario.net.

La mujer del trailerero (2008)

Una hermosa mujer entra a un restaurante acompañada de su marido, un trailerero. Un mesero se enamora de ella y hace lo posible para saber más de ella.

Este relato junto otros 16 componen este ebook. Todos ellos fueron publicados en línea durante el 2007 en el sitio web del autor, www.anecdotalario.net.

La fuga y otros relatos (2009)

Fernanda, una bella joven de la alta sociedad, se fuga con su novio, un hippie medio intelectual. El padre contrata a un tipo fanfarrón para encontrarla y traerla de vuelta a casa.

La fuga es una colección de 18 relatos que fueron publicados en el 2008 en el sitio web de su autor, www.anecdotalario.net.

La viuda negra (2011)

Jorge se encuentra en el cementerio, cuando visita la tumba de su esposa, a una hermosa y enigmática mujer que llora desconsolada. 10 historias de amor, de locura y de muerte que no te dejarán ileso.

Las muñecas de Don Rigoberto (2011)

Al llegar a instalar cable a uno de sus clientes, un empleado de la telefónica descubre que don Rigoberto tiene acompañantes especiales.

El ebook contiene los cuentos: Las muñecas de don Rigoberto, La casa redonda y El viejo del barranco.

La casa redonda cuenta la historia de una casa giratoria que cambiaba a la gente.

El viejo del barranco es un cuento fantástico sobre la fantasía de volar.



www.feedbooks.com
Food for the mind